This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

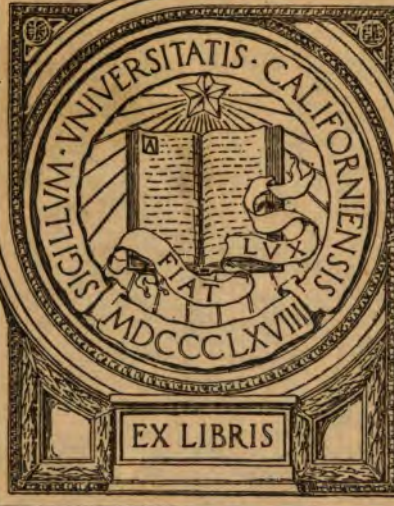
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

UC-NRLF
$B 313 325



EX LIBRIS

790
A163
P

LA PRINCESA
QUE SE CHUPABA EL DEDO

OBRAS DEL AUTOR

Canciones del corazón y de la vida (versos).

Hacia la luz lejana (versos).

La Filosofía de Parsifal (conferencia).

Felipe Trigo.—Exposición y glosa de su vida, su filosofía, su moral, su arte, su estilo. (Renacimiento, 1917.)

MANUEL ABRIL

LA PRINCESA QUE SE CHUPABA EL DEDO

CUENTO BURLESCO EN TRES ACTOS

Estrenado en el TEATRO DE ESLAVA, de Madrid, el 14 de Diciembre de 1917.

RENACIMIENTO
SAN MARCOS, 42
MADRID
1918

Imp. de Ramona Velasco, Viuda de Prudencio Pérez, Libertad, 31.

UNIV. OF CALIFORNIA

PRÓLOGO

Sirva, como único prólogo, la Autocrítica *siguiente, publicada en* La Tribuna *la misma noche del estreno.*

«La Princesa que se chupaba el dedo, *comedia de humor, cuento burlesco, farsa o como se le quiera llamar, pertenece a un mundo en donde hay, por un lado, elementos de la Comedia italiana; por otro, de los cuentos infantiles; y, por lo demás, de la fantasía libre e independiente.*

»*En personajes, como en trajes, palabras y atributos, he tomado de una época, de otra o de ninguna, lo que todas ellas ofrecen al público dominio universal del arte y la cultura. En toda hora y para todo he bordeado el tópico de la farsa tradicional o lo he abandonado, según las exigencias de mi propósito. Siempre me ha parecido norma oportuna saltar sobre la calva de los Preceptos, doctores de estéril solemnidad, y sólo inclinarme ante la Ley, dama de todos mis respetos.*

209675

»*Por eso me siento atraído hacia este género de arte, en donde todo puede tomarse—y tiene que tomarse—en broma y en serio al mismo tiempo, sin que acaso haya nada en él que pueda tomarse en serio o en broma aisladamente.*

»*Porque no se trata aquí de esa ironía que busca un disfraz exótico para disimular, polichinelescamente, lo que en el fondo es serio: se trata de algo que en el fondo es serio, y* en el fondo, *también, es broma. La vida entera, en nuestro corazón humano, es así. En esta casa de huéspedes planetaria en que vivimos, todo es uno, y lo mismo—y lo contrario—: se nace para morir, y se muere para que puedan correr los escalafones. Siendo así, amigo mío, no podemos nunca averiguar si somos unos muñecos deleznables, o si, por el contrario, no estamos nosotros, y hasta los muñecos de cartón inclusive, reservados para glorias eternas. Por eso andan las bromas y las veras tan entrañablemente unidas, y por eso la unión es más vital, cuanto es más indisoluble.*

»*No quiero decir con lo anterior que en mi obra se haya realizado esta unión de manera profunda y entrañable: sería entonces una obra maestra e inmortal, y, no; aseguro que no se trata de eso, ni con mucho. Me contentaría—y me enorgulleceria—con que mi obra fuera un juego, nada más, no en el sentido trascendental del* arte-juego, *sino simplemente en el de brincar, correr, pensar y reir con ligereza, siempre—eso sí—procurando mantener el decoro artístico de la pretensión.*

»Por lo demás, la obra, sea cual fuere su destino público, no se verá ya malograda del todo: desde Gregorio Martínez Sierra, que, no contento con acoger la obra, la mejoró con sus consejos; desde la Empresa, que, en una obra costosa de montar, me ha ofrecido una hospitalidad generosísima, hasta el interprete del papel más ingrato, han puesto en la aventura un gozo común de camaradería, que quiero comenzar a agradecer, consignándolo.»

MANUEL ABRIL

A GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA

Me decidí a terminar esta obra, que tenía a medio hacer y medio abandonada, pensando que, dada la orientación de Eslava *y el criterio que usted daba a su dirección, tenía yo no pocas probabilidades de ser atendido si lograba presentarle algo medianamente viable.*

Todo fué como hube de pensarlo: le debe esta obra, pues, la existencia escénica y hasta la existencia literaria.

Excuso añadir con qué íntima gratitud va dedicada.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LA PRINCESA MARUJA	Sra. Bárcena.
AMA CASILDA (nodriza)	— Quijada.
S. M. EL REY ORONDO XV	Sr. Sepúlveda.
EL CAPITÁN BOMBARDA	— Hernández.
EL TROVERO FLOR-DE-LIS	— Gómez de la Vega.
EL MERCADER FANEGA	— Simó-Raso.
PEDRÍN	— París.
BUFÓN 1.°	— Aguirre.
BUFÓN 2.°	— Collado.
MAESE ROQUE (mayordomo real y presidente de la Asamblea)	— Vega (R.).
KÁLAMIS EL REPÚBLICO	— Hidalgo.
EL ABOGADO	— Martínez Román.
EL HERÁLDICO	— Tordesillas.
EL CIENTÍFICO	— Tobías.
EL OBISPO	— Pérez de León
EL GENERAL	— González.
COCUYO (negrito, criado de Fanega)	Srta. Cano.
PAJES	— Servet. — Rodríguez.
ALDEANA 1.ª	— Garcés.
ALDEANA 2.ª	— Sanz.
ALDEANA 3.ª	— Almarche.
UN TROVADOR (compañero de Flor-de-Lis)	Sr. Rodríguez (H.).
UN GUERRERO (compañero de Bombarda)	— Beringola.

ACTO PRIMERO

Un hemiciclo corpóreo de mármol o piedra clara. En el centro la sede real; a un lado y otro los bancos para los ministros. Respaldar a la altura de las cabezas; columnas cilíndricas, de piedra, entablamento también de piedra en donde a su vez se afirma un toldo que hace veces de techo. El hemiciclo está al aire libre y entre las columnas se ve el campo; prados verdes y claros, almendros en flor. El castillo de la princesa a lo lejos. Cielo azul, despejado y alegre.

Al levantarse el telón MAESE ROQUE y los dos PAJES arreglan la escena, colocando en su sitio las naranjas, el atril y la banqueta del presidente, limpiando los asientos, etc. Música de fiesta pastoril en primavera, de baile y alegría de aldeanos en mañana clara de Mayo. Cuando la música termina asoman por detrás del pretil del hemiciclo las cabecitas traviesas de unas muchachas sonrientes con papalinas blancas.

ELLAS

¡Cú-cú!

ALDEANO PRIMERO

¡Alma mía!

MAESE ROQUE

¡Monadas!

ALDEANO SEGUNDO

¡Amor mío!

Ellas asoman medio cuerpo y se apoyan de codos en el pretil.

MOZA PRIMERA

Ya estamos aquí.

MOZO PRIMERO

¡Viva mi suerte!

MAESE ROQUE

¡Manzanas, buenos días!

MOZA TERCERA

¡Salud, tío Roque!

MOZO SEGUNDO

¡Bien majas vais!

MOZA PRIMERA

¡Para eso es fiesta!

MOZA SEGUNDA

Acabad de una vez y echaremos un baile.

MOZO SEGUNDO

Si nos ayudáis...

MOZA SEGUNDA

¿Por qué no?

MOZA TERCERA

¡Ya lo creo!

MOZA PRIMERA

Andando.

MOZO PRIMERO

¡Bien por las chicas complacientes!

MARSE ROQUE

¡Qué buenas son antes de ir a la iglesia!

Han entrado en el hemiciclo las muchachas. Son unas aldeanitas de égloga picaresca y coquetuela. Papalinas blancas, trajes de batista blanca rameada, corpiños de terciopelo negro y zuecos encarnados.

MOZA PRIMERA

Da gusto aquí, a la sombrita.

MOZA SEGUNDA

Corre un aire...

MOZA PRIMERA

Por algo quiere traer el Rey la asamblea a este sitio.

MOZA TERCERA

Pero dan más ganas de dormirse que de oir discursos...

MAESE ROQUE

¿Venís a trabajar o a estar charlando?

MOZA PRIMERA

A trabajar, en seguidita.

MOZA SEGUNDA

¡Pues no faltaba más!

MOZA TERCERA

Vengan órdenes.

MOZO PRIMERO

Los azucarillos, ten, en esta cesta.

MAESE ROQUE

Las naranjas cerca del Rey.

MOZA PRIMERA

¡Valiente glotón, el Rey! Va a reventar de gordo un día.

MAESE ROQUE

¡Milagro que hagáis algo sin murmurar!

MOZO PRIMERO

¡Por qué no habrá verdugo de lenguas, señor mío!

MOZA PRIMERA

¿Pero no quiere el Rey que hagamos nuestro gusto?

MAESE ROQUE

Sí lo quiere.

MOZA PRIMERA

Pues nuestro gusto es murmurar.

MAESE ROQUE

Murmurar, ¿os digo lo contrario?

MOZA PRIMERA

Nos regaña.

MAESE ROQUE

Es que mi gusto es regañar. Quien quiere murmurar, murmura; quien quiere regañar, regaña; y todos tan contentos.

MOZA PRIMERA

¡Tío Malicias!

MOZA SEGUNDA

¡Viejo zorro!

Música de baile y pastorela.

MOZA TERCERA

Lo ves, ya están bailando.

MOZA PRIMERA

Yo no trabajo más.

MOZOS PRIMERO Y SEGUNDO

A bailar ahora mismo.

Se cogen de la mano y bailan en corro. Los dos BUFONES entran dando palmadas.

BUFÓN PRIMERO

¡Alto, alto, alto!

BUFÓN SEGUNDO

Mucho lo siento, amiguitos, pero hay que dejar el baile.

MOZA PRIMERA

¿Viene el Rey?

BUFÓN PRIMERO

Y todo el parlamento.

MOZA SEGUNDA

¡Uy, qué bien! ¡Lo que vamos a divertirnos!

MOZA TERCERA

A coger sitio para verlo.

MAESE ROQUE

Pero formalidad, ¿eh?

MOZA PRIMERA

¿Vienen también los pretendientes?

BUFÓN PRIMERO

Los tres.

ELLAS

¡Qué divertido!

MOZA PRIMERA

¿Y no se sabe aún quién será el novio?

MAESE ROQUE

Lo único que se sabe es que aquí sobras.

Se van todos.

Entran al son de una marcha EL REY con sus BUFONES y toda la comitiva parlamentaria. Solemne comitiva: abre la marcha MAESE ROQUE, vestido de ceremonia, con un gran balandrán de larga cola y tocado con un sombrero puntiagudo del que cuelgan por detrás cintas de colores. En la mano lleva una pértiga que es casi exacta a la de

los bastoneros de nuestros bailes, tal vez por aquello de que todo se repite en la historia. Va luego un paje; luego el HERALDICO, de terciopelo negro y lazos de levísimo y albo organdí, rizado y almidonado, en mangas, peto, cuello, corvas y zapatos. Caballero cruzado, lleva en el pecho la insignia de la Orden: un naipe francés con el trébol doble. Síguela el OBISPO: guedeja blanca, traje talar de verde loro con aplicaciones oro y negro. Va después el GENERAL con traje de Ministro o de Portero Mayor: calzón corto, media blanca, fajín salmón, uniforme azul gendarme, archientorchado, casco de visera medioeval rematado en tirabuzón o sacacorchos, y enorme espada de Bernardo. KALAMIS EL REPUBLICO va luego, vestido como un *sans-culotte* imaginario, cubierto con gorro que termina en cresta roja. Detrás viene el CIENTIFICO, de tafetán verde botella; Doctor de quevedos de concha, heredero —o precursor; los eruditos esclarecerán este punto—de los doctores molierescos. Cierra la marcha de asambleístas el ABOGADO, solemne ordenancista envuelto en toga negra con vivos colorados y un *alfa* y una *omega* bordadas en las dos caras frontales del birrete prismático. Detrás de todos ellos, retrasado y distraído, EL REY, acompañado de sus dos BUFONES, escarlata. Marcha de irónica y pomposa solemnidad. Tendrá la música la mis-

ma expresión que han de tener la decoración, los trajes y los gestos. Al son de la música van sentándose en sus puestos los personajes. EL REY en medio, a un lado y otro, al pie, los dos BUFONES; en los sillones los congregados; a la derecha del Rey, sentado, con una enorme campana en el suelo y un librote de pergamino sobre un atril, MAESE ROQUE, presidente de la Asamblea. Las aldeanas asoman las cabecitas curiosas por detrás del pretil para ver lo que pasa y acaban por quedar asomadas francamente, presenciando la sesión con travieso descaro. Los dos PAJES van repartiendo azucarillos y vasos de agua a las personas que lo desean.

MAESE ROQUE

Tocando la campana.

¡Atención... atención!
Queda abierta la sesión.

HERÁLDICO

¡Que me traigan caramelos!

KÁLAMIS

¡Que me traigan un *vermouth!*

OBISPO

¿Cómo vamos, compañero?

ABOGADO

Voy pasando buenamente,
pero nunca tan orondo como tú.

MAESE ROQUE

Va a leer el presidente,
ciudadanos... ¡Escuchad!

Siguen los diálogos sin hacer caso de las advertencias del presidente.

CIENTÍFICO

¿Cómo van esos negocios?

HERALDICO

Van marchando dulcemente.

Talán, talán. El presidente toca la campana.

MAESE ROQUE

¡Que va a hablar el presidente!
¡A callar!

Los congregados como si nada, mientras el presidente hojea el libro de Actas.

KÁLAMIS

¿Cuándo va a casarse usted?

CIENTÍFICO

¿Cuándo se divorcia usted?

ABOGADO

¡Que me traigan caramelos!

OBISPO

Tengo sueño...

KÁLAMIS

Tengo sed...

ABOGADO

A ver, señor presidente,
no hay número suficiente
de diputados en el salón.

VOCES DE LOS CONGREGADOS

¿Que se cuente!
¡Que se cuente!

MAESE ROQUE

¡Pero no ve cuánta gente!
¿Cómo va a ser suspendida
la sesión?

ABOGADO

¿Quién pide que se suspenda?
Yo sólo pido el recuento
que dispone el reglamento.

VOCES

¡El recuento!
¡Eso, el recuento!

ABOGADO

¡Que se lea el reglamento!

MAESE ROQUE

¡Cállense ya de una vez!

Van a contarse ahora mismo,
ya veréis.

Mientras el presidente cuenta el número de asambleístas, la Asamblea — como en cualquier país adelantado—corea un tema alusivo y pedagógico:

TODOS

Dos y dos son cuatro,
cuatro y dos son seis,
seis y dos son ocho
y ocho dieciséis.

PRESIDENTE

Total:
Se cuente como se cuente
sale la cuenta cabal.

Al abogado.

¿Está conforme su señoría?

ABOGADO

Declaración expectante.

Conforme y agradecido.
Yo, señores, ya sabía
que había

concurrencia suficiente.
Pero he pedido el recuento,
porque parece decente
que se cumpla el reglamento;
y una vez que se ha cumplido,
tan contento
porque se me ha concedido
lo pedido,
agradecido,
me siento.

Murmullos en la Asamblea.

MAESE ROQUE

¿Pide alguna señoría la palabra?...

Talán, talán.

Se pasa a la orden del día.

BUFÓN PRIMERO

Un ruego baladí, señor presidente. Pido que en el resto de la sesión no se hable en verso, porque se tarda más.

MAESE ROQUE

Concedido... Su Majestad el Rey tiene la palabra para un asunto epitalámico.

GENERAL

Al Obispo.

¿Qué es eso?

OBISPO

Una palabra del latín.

EL REY

Sin levantarse, y mientras monda una naranja.

Señores: El presidente del Consejo me había escrito un discurso para que lo improvisara con más facilidad en este instante; pero es tan largo y tan enrevesado, que es menor la molestia de inventarlo que la molestia de aprendérselo.

VOCES

¡Muy bien!

BUFÓN SEGUNDO

Desearía, por lo tanto, Su Majestad, que le ahorrasen el trabajo de decirlo, pues que todos sabemos ya de qué se trata.

ABOGADO

¡Pero no lo sabemos oficialmente!

GENERAL

Cierto; es necesario declarar ante el Parlamento el motivo de esta reunión.

OBISPO

Para algo hemos venido.

GENERAL

Y para algo nos pagan las dietas.

BUFÓN SEGUNDO

Que hable Su Majestad en vista de eso.

MAESE ROQUE

Tiene la palabra Su Majestad.

Su Majestad se ha distraído comiendo naranjas, y tirándoles gajos a las chicas.

BUFÓN PRIMERO

Tirando al REY de la túnica.

¡Majestad!

EL REY

¿Qué te ocurre?

BUFÓN SEGUNDO

¿No le parece bien lo que ha dispuesto el Parlamento?

EL REY

Muy bien... Digo, supongo que estará muy bien, aunque yo, la verdad, no me he enterado, porque ¡es molesto atender a estas cosas!

MAESE ROQUE

Dice el Parlamento que declare ante la Asamblea la razón de habernos reunido en sesión solemne y extraordinaria.

EL REY

Y digo yo, que si el Parlamento no me ahorra molestias, no sé para qué tengo Parlamento.

BUFÓN PRIMERO

Hablaré yo.

BUFÓN SEGUNDO

Y yo.

KÁLAMIS

¡Eso no es constitucional!

BUFÓN PRIMERO

Pero es más cómodo.

OBISPO

Los republicanos protestarán.

BUFÓN SEGUNDO

Es para lo único que sirven.

ABOGADO

¡Acabemos ya de una vez!

MAESE ROQUE

No, al contrario, empecemos ya de una vez.

BUFÓN PRIMERO

Nos hemos reunido aquí, señores diputados, para dar cuenta al pueblo de que el Rey quiere casar a la Princesa.

BUFÓN SEGUNDO

La Princesa tiene dieciséis años; el Gobierno es un engorro para el Rey, la Princesa es otro engorro para el Rey...

BUFÓN PRIMERO

...Y el Rey ha decidido dar la Princesa y la corona a quien las quiera.

HERÁLDICO Y EL OBISPO

¡Muy bien!

GENERAL

¡Muy bien!

ABOGADO

¡Muy bien pensado!

BUFÓN PRIMERO

A todos los Estados poderosos mandó el Rey la noticia.

BUFÓN SEGUNDO

Heraldos con trompetas y estandartes recorren la tierra hace dos años, diciendo que la Princesa se halla en estado de merecer.

BUFÓN PRIMERO

Hubiera sido más rápido y más cómodo anunciar la noticia en los periódicos; pero estamos en un siglo en el que todavía no hay periódicos.

ABOGADO

¡Muy bien!

HERÁLDICO

¡Es una lástima!

BUFÓN SEGUNDO

El plazo señalado para pretender la mano de la Princesa se ha cumplido. Tres pretendientes han acudido al llamamiento: el guerrero más valeroso de estos tiempos, el poeta más ilustre del mundo, el mercader más rico de la tierra.

BUFÓN PRIMERO

Y el Rey quiere que cada uno de los tres exponga ante vosotros sus méritos a fin de que el Parlamento delibere y decida quién ha de ser esposo de su hija, futuro Rey de todos. He dicho.

BUFÓN SEGUNDO

Hemos dicho.

Una salva de bravos y de aplausos. EL REY, que se había dormido, se despierta con sobresalto.

EL REY

¡No aplaudir tanto, corcho, que es molesto!

BUFÓN SEGUNDO

Era para despertar a Su Majestad porque han terminado estos señores.

EL REY

¿Han llegado ya los pretendientes?

MAESE ROQUE

Esperan vuestra venia para presentarse ante el Parlamento.

EL REY

¡Pues que pasen!

Sale MAESE ROQUE y vuelve con los tres pretendientes. Los tres, saludando.

¡Majestad!... ¡Parlamento!...

EL REY

¡Buenos días, señores!

BUFÓN PRIMERO

¡Buenos días!

El Parlamento, de pie, contesta con una profunda reverencia, todos a un tiempo.

EL REY

Estos son los señores que quieren casarse con mi hija.

BUFÓN PRIMERO

Tanto valen los tres, que Su Majestad no tiene fuerza para decidir cuál es más grande.

BUFÓN SEGUNDO

Por eso hablarán ellos, y el Parlamento juzgará.

MAESE ROQUE

Decidnos, capitán, si vuestro abolengo es suficiente para aspirar al alto honor de emparentar con los Orondos.

CAPITÁN

Tengo la nobleza de las armas, Parlamento. No se conoce ejecutoria más ejecutiva. Mi bisabuelo, *con-*

dottiero, quitó el ejército a su hermano, mató al Rey, metió al Papa en un pozo y se hizo obispo, general, Emperador y noble por sí mismo. Esos son los blasones de mi escudo.

MAESE ROQUE

¿Qué opina el Parlamento?

KÁLAMIS

Que nos cortará el cuello a todos, en cuanto respiremos sin su venia.

GENERAL

Pues no se respira, y concluído.

BUFÓN PRIMERO

¡Muy bien!

KÁLAMIS

No he dicho nada.

MAESE ROQUE

Y el trovador, ¿es noble!... Tiene la palabra el trovador.

TROVADOR

Con oir mis apellidos basta y sobra. Tienen perfume y música.

Pero el lema de casa, el mote del escudo
es una nube vaga que eclipsa un vano sol.

Yo valgo porque sí... Mis pergaminos... los borré para escribir encima mis poemas.

BUFÓN PRIMERO

En mal estado debe andar la bolsa de este joven si no tiene ni para pergaminos.

BUFÓN SEGUNDO

Heredó todos los escudos menos los que se acuñan.

HERÁLDICO

Se levanta.

¿Y qué? El dinero puede ganarse en cambio de la nobleza...

KÁLAMIS

Puede perderse.

BUFÓN PRIMERO

Estoy conforme.

MAESE ROQUE

Abreviemos. Queda por hablar el mercader.

TROVADOR

¿Nobleza el mercader?

CAPITÁN

Y su abuela pasaba contrabando!

MERCADER

Sin atenderlos, despliega un rollo de pergamino que trae en la mano y lo muestra a la Asamblea.

Ganas de hablar... Este es mi árbol genealógico. No le hay mejor hoy día.

CAPITÁN

Ese árbol genealógico es falso.

TROVADOR

Lo ha comprado, pero no es de él.

HERÁLDICO

Eso no es cierto. La Sociedad Heráldica se encargará de dar dictamen.

MERCADER

A un paje.

Llévale un vaso de agua a aquel señor y ponle en la bandeja cien escudos.

BUFÓN PRIMERO

Creo, señores, que investigar la legitimidad de las noblezas equivale á meterse en la vida privada de los antepasados.

BUFÓN SEGUNDO

Y es una indiscreción.

HERÁLDICO

Lo que vale es el mérito propio.

KÁLAMIS

¡Eso, eso!

MAESE ROQUE

¿Qué méritos propios alegáis, capitán?

CAPITÁN

Mi seducción, mi arrojo, mi persona. Con ello lo que falte lo conquisto y en paz. Yo no soy trovador, pero ¡qué importa! Si quiere versos la Princesa, se le

dan cuatro mandobles al poeta hasta que escriba un madrigal, y ¡adelante! Yo no soy mercader; pero si el pueblo quiere trigos y el mercader los tiene en naves, se conquista la nave, se desembarca el grano, se tira el barco al mar, con el mercader en la bodega, y ¡adelante!

GENERAL

¿Se atreve a decir algo el poeta después de esto?

TROVADOR

Me atrevo a decir que ese párrafo lo ha aprendido el capitán en la comedia, donde los esforzados capitanes esgrimen la lengua más que la tizona.

CAPITÁN

O el poeta se calla o privaré al mundo de un poeta.

Echándose mano a la espada.

TROVADOR

Me callaré, vistas las razones del capitán.

CAPITÁN

¿Quiere burlarse el trovador?

TROVADOR

Quiere enamorar a la Princesa.

CAPITÁN

Inútil pretensión. Toda mujer pide una sola cosa: ser vencida. Y las armas son vencedoras siempre, en el amor como en la guerra.

TROVADOR

No hay más que ver la Historia: Entre reyes guerreros y pajes trovadores, rara fué la Reina que no suspiró por algún paje.

CAPITÁN

Todo se os va en palabras.

TROVADOR

Todo se os va en uniforme.

CAPITÁN

Pero la tierra es mía.

TROVADOR

El cielo mío.

MAESE ROQUE

Y el mercader, ¿qué ofrece?

BUFÓN SEGUNDO

¿Qué ha de ofrecer el infeliz, si entre el poeta y el capitán se han repartido ya los cielos y la tierra?

MERCADER

Yo ofrezco mi dinero; para ganar dinero hace falta ser más valiente que todos los capitanes de la tierra y saber inventar historias mejor que cualquier poetilla de estos.

CAPITÁN

Mi valor conquista más riquezas que tus negocios.

TROVADOR

Los versos dan más dinero que las conquistas de éste.

MERCADER

Y yo me embolso las ganancias, de éste y de éste.

BUFÓN PRIMERO

Como puede ver el Parlamento, es una pena que las leyes no permitan casar a la Princesa con los tres para provecho de la Patria.

MAESE ROQUE

Ahora el Parlamento decida.

ABOGADO

Creo que debe cumplirse el Reglamento y escuchar también a la Princesa.

EL REY

Pero habéis dicho a estos señores que la Princesa es tonta.

TROVADOR

¿Qué es tonta?

CAPITÁN

No se nos ha dicho.

GENERAL

Es que no es tonta.

HERÁLDICO

¡Pido la palabra! El Rey falta a lo justo por modestia. De un Rey elegido por Dios no puede nacer una hija...

BUFÓN PRIMERO

... dejada de la mano de Dios; estoy conforme.

OBISPO

¡Alto ahí, señoría! Como poder ser, sí puede ser.

Dios tiene facultades para que sea lo que no puede ser.

BUFÓN PRIMERO

Dios hizo Rey al Rey, porque le dió la real gana.

BUFÓN SEGUNDO

Y luego le dió la real gana de darle una hija simple.

BUFÓN PRIMERO

Donde las dan las toman.

KÁLAMIS

Eso sería una inconsecuencia del Supremo Hacedor.

OBISPO

¡El Supremo Hacedor, señores míos, tiene derecho a ser inconsecuente!

MAESE ROQUE

¡Orden, señores!

EL REY

Hablen los científicos. Científicos: ¿cómo explicar el caso de mi hija, sin que haga mal papel el Espíritu Santo?

CIENTÍFICO

A juicio mío, Majestad, el caso de la Princesa no es de tontería, es... depauperización de las células cerebrales. Tiene las mismas facultades que un hombre sabio, pero en grado menor.

EL REY

De modo que llamamos a eso...

CIENTÍFICO

De *micros*, pequeño, y *captare*, captar, pues..., «microcapta».

EL REY

¡Ah, caramba!... Entonces rectifico. Mi hija es microcapta, señores pretendientes. Quiero decir que se queda con la boca abierta por todo. Pregunta lo que no se le ocurriría preguntar a un niño de seis años; no le maravilla lo asombroso, y, en cambio, se emboba con tontadas. En fin, se chupa el dedo, con metáfora y sin metáfora.

BUFÓN PRIMERO

Para casarla con cualquiera de éstos basta y sobra.

CAPITÁN

¡Eso quiere decir que nosotros no somos nada...

BUFÓN PRIMERO

Al contrario, señor guerrero; eso quiere decir que cualquiera de ustedes tiene talento suficiente para él y para su cónyuge.

BUFÓN SEGUNDO

Entre dos que bien se quieren, con que discurra uno, basta.

GENERAL

Muy bien.

EL REY

Seguramente. Pero yo quiero hacer esta advertencia para que luego no anden molestándome con reclamaciones: que si es tonta, que si se me engañó, que si fué que si vino.

BUFÓN PRIMERO

Para tener que ocuparse de ella no la casaría.

BUFÓN SEGUNDO

Exactamente.

MAESE ROQUE

Se trata por lo tanto de que sepan ustedes las condiciones personales de la Princesa. De no convenirles así, no hay nada de lo dicho; de convenirles, adelan-

te, pero sin derecho a indemnización ni a reclamaciones ulteriores. Digan, pues, si reiteran su pretensión o si renuncian a su mano.

CAPITÁN

Bombarda no retrocede nunca. Cuanto más difícil la victoria, más honra en alcanzarla.

TROVADOR

Yo tampoco renuncio: lo que el Rey llama tontería de la Princesa, lo llamo yo candor; y es que un monarca ahito y un soñador sediento no pueden ver el mundo de la misma manera.

MAESE ROQUE

Al MERCADER.

¿Y vos?

MERCADER

¿Yo?... ¡Qué más tiene!... Siga el asunto, y abreviemos.

EL REY

Comparezca, pues, la Princesa.

MAESE ROQUE

La Princesa, señor, venía con nosotros para presentarla al Parlamento, pero en el camino se escapó,

échó a correr por el campo, brincando, cantando y dando zapatetas en la hierba.

EL REY

¿Y la dejasteis escapar? ¿La habéis perdido?

MAESE ROQUE

No, Majestad, está en el campo, pero no quiere venir; está...

EL REY

Decidlo claro.

MAESE ROQUE

Está con unos chicos... unos chicos cualquiera.

EL REY

¿La habéis dicho que la llama su padre?

MAESE ROQUE

Se lo hemos dicho, Majestad.

EL REY

¿Y ha dicho que no viene?

MAESE ROQUE

No ha dicho nada, Majestad.

EL REY

¿Entonces?...

MADRE ROQUE

Es... que está jugando a los zancos con unos botes de pimientos que le ha cogido a un chico, y ¡quiere presentarse con los zancos!

EL REY

Cuando decía yo...

CIENTÍFICO

Microcapta...

KÁLAMIS

¡Insufrible!

Se oye dentro la voz de la PRINCESA, que viene cantando,

PRINCESA

Antón, Antón,
Antón pirulero;
cada cual, cada cual,
atiende a su juego...

Ahí va, ahí va. Paso, paso. ¡Ahí va!

Entra la PRINCESA corriendo con los zancos en la mano, una comba atada a la cintura y el sombrero a la media *guiñeta*.

PRINCESA

¡Hola, papá!... ¡Buenos días!... ¿Qué quieres? Dí, ¿qué quieres? Dímelo pronto, porque estoy jugando.

EL REY

Tiempo tienes de jugar a la tarde. Ven ahora y atiéndeme, porque tengo que darte una noticia.

PRINCESA

¿Quiénes son estos hombres?

EL REY

Son unos señores que se quieren casar contigo.

PRINCESA

¡Andá!

EL REY

Nos hemos reunido para decidir tu casamiento.

PRINCESA

¡Y a mí qué me importa!... ¡Que se casen! ¡Adiós!

EL REY

Pero, hija, espera y fíjate... Queremos que tú elijas y digas con cuál de los tres quieres casarte.

PRINCESA

¿Yo? Con ninguno... Adiós.

EL REY

Pero, hija, atiende.

PRINCESA

No, que quiero coger un grillo y se me va a escapar.

EL REY

¡No te marcharás, porque esto es ya imposible!

PRINCESA

Pues ¡no me quedaré, porque me aburro!

Quiere irse.

EL REY

¡Cogedla!

MAESE ROQUE

Cortándola el paso.

Alteza.

PRINCESA

Dándole un bofetón.

¡Toma!

MAESE ROQUE

Al Rey, reclamando.

¡Señor!...

PRINCESA

A MAESE ROQUE.

Ya ves, ¿a qué te metes?... No he querido hacerte daño, ¿sabes?, pero como te metes donde no te llaman... Adiós.

MAESE ROQUE

Es que estos señores te quieren mucho, Alteza.

PRINCESA

Pues yo no los quiero a ellos nada, ¿te has enterado?

Dirigiéndose a los pretendientes.

Nadita, uno,
nadita, dos,
nadita, tres,
nadita, fué.

Se va corriendo y vuelve a cantar, alejándose.

Grillo
pillo,
ya verás
cómo acierto dónde estás.

Grillo
pillo,
donde estés
te volveré del revés.

Pausa de consternación.

BUFÓN PRIMERO

La presentación no ha podido ser más elocuente.

EL REY

No les decía yo... Ya veis lo que es mi hija.

TROVADOR

Encantadora, Majestad. ¡Qué ingenuidad! ¡Qué independencia!

CAPITÁN

Yo creo que la cosa está clara. La Princesa se ha fijado en mí, ¿pero cómo iba a decirlo ahora delante de estos caballeros? Hay que tener en cuenta el corazón femenino.

MERCADER

Hay que tener en cuenta sobre todo que estamos perdiendo el tiempo en tonterías. Si la chica ha de decidir, conquistemos a la chica.

HERÁLDICO

Muy atinada observación.

MAESE ROQUE

Es lo más práctico.

TROVADOR

Nada mejor que entenderse con ella.

CAPITÁN

¿Quién nos garantiza si no que no se nos escapa el mejor día?

TROVADOR

Lo mejor es convencerla.

CAPITÁN

Es lo mejor.

MERCADER

Pues ¡al avío!

EL REY

Muy bien. Pues según eso, pónganse de acuerdo ustedes mismos, turnen, hagan sus proposiciones directamente a la Princesa, y cuando lleguen a resultado,

avísenme. Mientras tanto, nada puedo hacer y me inhibo.

MAESE ROQUE

¿Acordado, Parlamento?

TODOS

Acordado.

BUFÓN PRIMERO

Muy bien.

BUFÓN SEGUNDO

Es lo mejor.

MAESE ROQUE

¡Queda levantada la sesión!

EL REY

Levantándose y bajando del trono, como chico a quien dan asueto.

¡A vivir, qué diantre! ¡Roque!

MAESE ROQUE

Majestad.

EL REY

¿Juegas una partida a los bolos?

MAESE ROQUE

¡Magnífico!

EL REY

Te doy 30 a 50 y la salida.

MAESE ROQUE

¡Ya está! Pero no parece bien despedir a estos señores sin un discurso.

EL REY

¡Otro discurso ahora!

MAESE ROQUE

Dígales Su Majestad alguna frase solemne.

EL REY

Se detiene a pensar un momento y al fin encuentra la frase salvadora:

Señores... «*Cuarenta siglos nos contemplan...*» ¡Hasta otro día!

Salen al son de la marcha con que entraron y cae el telón.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Jardín de la PRINCESA. Pabellón de la PRINCESA a la izquierda. Pabellón y jardín de casa de juguetes. Hay sobre los setos conejos de madera recortada; en los remates arquitectónicos, ardillas que tocan el tambor; en las entradas del jardín, muñecos de madera torneada simulando lacayos de levita amarilla, ribete azul y guante blanco. Los arbolillos parecen de madera o de papel; la fuente del jardín parece formar pompas de jabón y burbujas de plata; las ventanitas de la casa, allá en el tejadillo, atestadas de flores, apenas dejan sitio para que pueda asomar las naricillas una Princesita curiosa; en el dintel del porche una jaula de pájaro tal vez, un farol de verbena acaso. En el jardín, bancos; almohadones y juguetes por el suelo.

AMA CASILDA está sentada en un banco, haciendo labor, y la PRINCESA a sus pies, en el suelo, apoyada sobre las rodillas de la NODRIZA, escucha, olvidada de sus juguetes, un cuento que ésta le refiere.

NODRIZA

... él era un joven que se atrevía a todo; la bruja era muy vieja y muy remala. Cuando vió que llegaba el joven lleno de sudor y cansado, porque había esta-

do andando todo el día, se acercó a él muy amable, haciéndole carantoñas... Siéntate, buen mozo, aquí, a la sombra. Yo te daré un racimo de uvas y agua fresca. Pero un mirlo que tenía la bruja dentro de la jaula silbó entonces y dijo al Príncipe:

No, no;
si bebes de ese agua
te verás como yo.

«¡Ah, bruja!» dijo el Príncipe, y volcó el vaso y vertió el agua. La bruja entonces echó a correr, y del palacio salió la Princesa encantada, que era muy preciosa, y se casó con el Príncipe, que era muy precioso, y vivieron felices muchos años... y se acabó.

PRINCESA

...¿Éstos no comieron perdices?

NODRIZA

Éstos no.

PRINCESA

¡Me alegro! A mí no me gustan las perdices... Cuando me case yo, comeré caña de azúcar. ¡Esa sí que es rica!... O *alcahueses*.

NODRIZA

Es que la bruja no les daba más que pan porque era pobre.

PRINCESA

¿Era pobre la bruja? ¿Pues no tenía un palacio?

NODRIZA

Sí lo tenía, pero... no tenía dinero para comprar perdices.

PRINCESA

Y ¿por qué no tenía dinero?

NODRIZA

Ya ves... La castigaba Dios por mala.

PRINCESA

Los que no tienen dinero ¿son malos?

NODRIZA

Mujer, no; todos no.

PRINCESA

Oye, y después, ¿dónde se fué la bruja?

NODRIZA

Se murió.

PRINCESA

¡Ah, se murió!... Como el borrego.

NODRIZA

Eso.

PRINCESA

Y ¿por qué se murió?

NODRIZA

Porque era vieja.

PRINCESA

Tú también eres vieja, ¿no?

NODRIZA

Más cerca estoy de vieja que de joven.

PRINCESA

Pero, ¿tú no te mueres?

NODRIZA

Cuando sea más vieja.

PRINCESA

¿Más? Luego ¿serás más vieja que ahora?

NODRIZA

Toma, pues claro.

PRINCESA

Mira que sabes tú... Yo no sé nada apenas ¿verdad?

NODRIZA

Tiempo tienes de aprender demasiado.

PRINCESA

Como Pedrín... ¡Cuántas cosas debe saber ya!

NODRIZA

Más podías saber tú si quisieras. Pero como no coges un libro y no quieres hacer caso de los maestros.

PRINCESA

Son unos vegestorios antipáticos...; el pluscuamperfecto, el *polimonio*... Vamos a ver... ¿No suena mejor *polimonio* que polinomio?

NODRIZA

¿Qué es eso, hija de Dios?

PRINCESA

En cambio, les pregunto cómo se hacen los gatitos, y eso no me lo quieren decir. Han de salirse siempre con la suya... ¿Sí? Pues *¡polimonio* y *polimonio!*

NODRIZA

Anda y vete a vestir.

PRINCESA

Espera a ver si llega Pedrín.

NODRIZA

No, ya no viene. Anda a arreglarte un poco. Te has arrugado todo el vestido, y están al llegar tus pretendientes.

PRINCESA

Los pretendientes... esa es otra.

NODRIZA

¡Calla y vete!

PRINCESA

Bueno, me voy, pero esa es otra.

Cuando la PRINCESA entra en la casa, PEDRÍN aparece por el extremo opuesto y se acerca a su madre, que está recogiendo los juguetes que dejó por el suelo la PRINCESA.

PEDRÍN

¡Hola!, madre.

NODRIZA

¡Vamos que ya es hora! ¿Te parece bien lo que has hecho?

PEDRÍN

¿El qué?

NODRIZA

Después de diez meses de no ver a la niña, todo el día sin parecer.

PEDRÍN

Lo hice de intento. Porque se me ha ocurrido una cosa; ¡uy, qué cosa!... ¿A que no lo acierta, vamos?

NODRIZA

Cualquier disparate de los tuyos; lo estoy viendo.

PEDRÍN

Ca, no señora; muy sencillo: que me voy a casar.

NODRIZA

¿Cómo?

PEDRÍN

Que quiero casarme con la chica.

NODRIZA

¿Con qué chica?

PEDRÍN

Con la Princesa.

NODRIZA

¡Jesús! ¡Cuando yo lo decía! ¿Cómo se te va a ocurrir a ti nada bueno? Pero es que lo de esta vez ¡gana a todas!

PEDRÍN

Ella no se arregla sin mí, yo tampoco sin ella; pues nos casamos, y ¡al avío!

NODRIZA

Cállate, Pedro, que si se entera el Rey, para qué queremos más día de fiesta.

PEDRÍN

No, si se lo digo a él lo mismo.

NODRIZA

Pero, ¡chico! ¿Te figuras tú que eres alguien porque te han puesto un traje de señor, y quieren meterte en estudios para que te desasnes? ¡Muchos humos es lo que tienes tú en la cabeza! ¿Quién eres tú, qué tienes tú si no es por el Rey?

PEDRÍN

Ca, no señora.

Acercándose y en tono confidencial.

¿Usted no sabe que tengo un talismán?

NODRIZA

¿Qué tienes?

PEDRÍN

¡Un pájaro encantado!

NODRIZA

Pero, muchacho, ¡tú has bebido esta tarde!

PEDRÍN

Un pájaro encantado, sí, señora... Mire: cuando me llevaron al colegio el otro año, me escapé, pero me perdí en el camino, y entonces se me apareció de pronto un señor.

NODRIZA

¡Sería el diablo! ¿Tenía perilla?

PEDRÍN

No; tenía unas barbas blancas como San Pedro. Muy amable, le conté lo que me pasaba, y, é!, entonces, me dió un pajarito de madera chiquitín, y me dijo: «Cuando te veas apurado, acuérdate de este pájaro y repite su nombre tres veces, de memoria: verás cómo se te va todo el miedo y todo te sale como quieras».

NODRIZA

¿No te pidió dinero?

PEDRÍN

No, señora.

NODRIZA

¿Y qué?

PEDRÍN

Pues que desde entonces todo me sale bien.

NODRIZA

Bueno, bueno, pues pídele al pajarito que te haga Príncipe, y entonces...

PEDRÍN

Ya se lo he pedido.

NODRIZA

¿Y qué?

PEDRÍN

Que no me ha hecho caso.

NODRIZA

¿Pero tú te figuras que la Princesa te va a querer a ti?

PEDRÍN

Mire usted si me busca ahora.

NODRIZA

Para jugar, como cosas de chicos, pero no para casarse.

PEDRÍN

¿Ah, sí? ¡Pues entonces que se aguante! ¿Va a tenerme de perinola como siempre? Que, cógeme lagar-

tijas, que báilame el peón. ¡Quiá! Que no me busque para eso, porque no. Si se quiere casar con otro..., ¡que le cace lagartijas su marido!

NODRIZA

¡Me darás la desazón, criatura!

EL REY

Hablando desde dentro y apareciendo en el acto de terminar la frase.

Por aquí se oye hablar.

NODRIZA Y PEDRÍN

¡El Rey!

EL REY

¡Hombre, Pedrín! Me parecía tu voz. ¿Viniste ayer, verdad? Bien, hombre, bien... ¿Y qué tal, qué tal esos estudios? Me han dicho que te aplicas. ¡Eso está bien!... ¿Qué estudias ahora?

PEDRÍN

Geometría...

EL REY

¿Geometría?... Yo me atasqué en el dividir. Pero yo soy Rey y a mí ¡qué falta me hace echar cuentas! Tú

no es lo mismo: aplícate, porque ¿dónde va un hombre sin Geometría?... En fin, ¿la niña está dentro, ama Casilda?

NODRIZA

Arreglándose un poco, Majestad.

EL REY

Dirigiéndose con MAESE ROQUE hacia el interior del pabellón de la Princesa.

Vamos a leerle la cartilla, no sea que vuelva a hacer de las suyas como la otra mañana.

NODRIZA

A PEDRÍN.

Vamos, ni tanto hablar unas veces, ni quedarte así con la boca abierta. Dirá el señor que eres bobo.

PEDRÍN

Y lo soy... Soy un asno.

NODRIZA

¿De qué te sirve el pájaro?

PEDRÍN

Ni me acordé... Es que me corto. Es que soy muy zoquete. No, es que no soy bastante zoquete: cuando estoy solo bien sé lo que decir, pero luego me aturrullo.

La PRINCESA se asoma a la puerta del pabellón, y al descubrir a PEDRIN, corre hacia él alborozada. La NODRIZA sigue arreglando el jardín entretanto.

PRINCESA

¡Pedrín!

PEDRÍN

¡Maruja!

Corren alborozados a encontrarse y se cogen de la mano contentísimos.

PRINCESA

¡Por fin! ¿Cuándo has venido? Papá y la chacha me dijeron que venías... ¡Cuánto me alegro!... ¡Me aburro más sin ti, si tú supieras!...

PEDRÍN

Y yo; pero ¡ya verás ahora!

PRINCESA

Has crecido... Y con ese traje... ¡Cualquiera te co-

noce!... ¡Ay, Pedrín! ¡Tengo que contarte más cosas!... ¿Sabes que me voy a casar?

PEDRÍN

Transición en PEDRIN que se enfurruña en cuanto le habla la niña de casorio.

¿Casarte? Me lo han dicho.

PRINCESA

Ahora en seguida vendrán mis pretendientes. Papá me ha encargado que me fije bien en lo que tienen que decirme, y que no me ría como ayer, que no es cosa de broma. ¡Qué se yo!... Tengo una curiosidad atroz porque no he visto nunca a papá tan serio como ahora. ¿Sabes tú lo que van a decirme?

PEDRÍN

Yo no. Adiós.

PRINCESA

Pero, ¿te vas? ¿No quieres saber lo que me dicen?

PEDRÍN

Ni falta que me hace.

PRINCESA

Anda, ¿y por qué?

PEDRÍN

Adiós.

Se va.

PRINCESA

A la NODRIZA.

¿Está enfadado Pedrín?

NODRIZA

No hija, es que... con sus estudios, tiene tanto que trabajar que se preocupa mucho.

PRINCESA

A ver si se pone malo de estudiar.

NODRIZA

Perderá el juicio, como todos.

Entra en la casa AMA CASILDA. Un PAJE anuncia al CAPITAN.

GUERRERO

Princesa, el capitán, os ruega que os dignéis escucharle.

PRINCESA

Díle que sí.

El GUERRERO se retira saludando y entra el CAPITAN.

PRINCESA

¿A qué vienes?

CAPITÁN

A verte, a contemplarte, ya que en nada mejor pueden ocuparse mis ojos... ¿No sabéis que sois bella, bella como ninguna otra Princesa en el mundo?

PRINCESA

Sí, ya lo sé.

CAPITÁN

¡Ah, lo sabéis! ¿Quién os lo dijo?

PRINCESA

Todos; la abuelita, la chacha, todos.

CAPITÁN

Pero ninguno os lo dijo como yo, rendido de amor ante vuestra belleza.

PRINCESA

¿Rendido de qué?

CAPITÁN

De amor.

PRINCESA

¿Qué es eso?

CAPITÁN

Amor... ¿no oisteis hablar nunca de amor?

PRINCESA

Sí, en los cuentos.

CAPITÁN

Pues eso de los cuentos es lo que siento yo por ti. Afán de ser tu esclavo, de adivinarte los caprichos para satisfacértelos.

PRINCESA

¿Me darás una cosa entonces?...

CAPITÁN

¡Cien que pidas!

PRINCESA

¿Vas a querer?

CAPITÁN

Ya estoy tardando en dártela.

PRINCESA

¡Qué bueno eres!... Mira... Pero, ¿vas a querer?

CAPITÁN

Sí, mujer, dí.

PRINCESA

...Cógeme un nido que hay en aquel ciprés.

CAPITÁN

¿En dónde?... ¡En aquel árbol... ¿Coger un nido allí!...

PRINCESA

Sí, anda, ¿quieres? ¡Son más monos! Pedrín se subía a los tejados y a los árboles para traerme pájaros; pero como ahora se le han llevado para que estudie, al pobre, ya no juega conmigo.

CAPITÁN

Encontrando una salida por donde escaparse del aprieto.

No al árbol, niña mía, al cielo mismo subiera yo para traerte lo que pides, pero... no puede ser, porque el Rey, ¿sabes?, ha puesto esos nidos ahí para que críen, y ha prohibido terminantemente que se cojan.

PRINCESA

Entonces, bueno.

CAPITÁN

Algo más delicioso que esos pájaros vengo a ofrecerte yo. Ruiseñores del cielo parecerá que cantan a tu oído cuando oigas el amor de mis palabras... ¿No sientes nada, dí, cuando me escuchas?

PRINCESA

¿Qué tiene que sentirse?

CAPITÁN

Cosa difícil de explicar... ¿Nunca has querido a nadie?

PRINCESA

Sí, a papá.

CAPITÁN

Bueno...

PRINCESA

Y a Pedrín, y a la chacha.

CAPITÁN

Pero yo digo con otra clase de cariño... Que no sea a personas de la familia... Ya me entiendes.

PRINCESA

Entonces... a Roberto.

CAPITÁN

¡Ah, caramba! ¡Roberto! Conque... ¿Quien es Roberto?

PRINCESA

El perro.

CAPITÁN

¡Toma!... Eres...

Está por darla un pescozón, pero se contiene y disimula.

... encantadora... Mi querer no es como esos; el mío es ansia de mirarte, de estar unidos siempre, juntos siempre.

PRINCESA

¡Vamos a estar juntos los dos?

CAPITÁN

Sí, cuando nos casemos.

PRINCESA

¿Nos casaremos? Y seremos muy felices, ¿verdad? Como los príncipes.

CAPITÁN

Mucho más que ellos.

PRINCESA

¡Vamos a casarnos!

CAPITÁN

Pero, hija, eso no se hace tan pronto...

PRINCESA

Anda, y ¿por qué? Pues en los cuentos sí, se casan en seguida.

CAPITÁN

Porque hacen falta documentos y cosas.

PRINCESA

Pues yo me quiero casar.

CAPITÁN

Pero ¿tan mal te va de soltera?

PRINCESA

¿No podré ser soltera cuando me case?

CAPITÁN

Pero, hija, qué preguntas. ¡Claro que no!

PRINCESA

Pues no me caso entonces.

CAPITÁN

Ay... ay... ayay... Bueno, mujer; si tú lo quieres, te casarás, serás mi esposa y soltera también, y ¡hasta viuda, si te place!

PRINCESA

¡Qué bueno eres!

CAPITÁN

Tú pide, pide, pide. ¿Para qué vivo yo, sino para hacer lo que pidas?... Pero tú me querrás, ¿verdad?

PRINCESA

Sí, mucho.

CAPITÁN

Ven acá... escucha... muy bajito... Dame tu mano; así... ¿Me querrás mucho?

La abraza.

¿Tanto como yo a ti?... Déjame que te bese.

Le da un beso en la mano.

Eres tan buena como linda... Quítate ese dedo de la boca.

No contesta ella, un poco confusa, chupándose el dedo pensativa.

Dame un beso tú... Quita ese dedo, nena.

PRINCESA

Anda, y ¿por qué?...

CAPITÁN

Porque quiero un beso de tus labios.

PRINCESA

Anda, y ¿por qué?...

CAPITÁN

Impaciente, queriéndole separar la mano con brusquedad.

¡Ya lo sabrás! ¡Quita esa mano!

PRINCESA

¡Bruto! ¡Que me has hecho daño! ¡Quita!

CAPITÁN

Alarmado.

No chilles, mujer. Que si te oyen se enfadarán.

PRINCESA

Se enfadarán... ¿por qué?...

CAPITÁN

Cuerno, con el «por qué»... Pues porque... ¡está durmiendo la siesta tu señor padre, niña!

PRINCESA

Pues ¡que se despierte, que ya es hora!

CAPITÁN

Sin poderse contener.

Pero, hija, ¡tú eres tonta!

PRINCESA

Eso dicen, que soy tonta.

CAPITÁN

¿Y no te da vergüenza?

PRINCESA

¿Qué es eso?

CAPITÁN

Que no se debe ser así, como tú eres.

PRINCESA

¿Pues no dices que soy encantadora?

CAPITÁN

¡Demonio! Encantadora, ya lo creo; pero si no te chuparas el dedo, estarías más linda.

PRINCESA

Anda, ¿y por qué?

CAPITÁN

¡Rayos y truenos!

El hombre llega al colmo de la exasperación. Su compañero entra en escena cuando él pasea furibundo.

GUERRERO PRIMERO

Capitán, se acerca el trovador.

CAPITÁN

Hombre, ¡me alegro! Acabaría loco si no.

GUERRERO SEGUNDO

¿Qué tal?

CAPITÁN

¡Requetemal! No sé si darle unos azotes o si tirarme al pozo... No sé nada.

GUERRERO PRIMERO

Dejad que el trovador la diga versos, él la enternecerá y vos podréis coger el fruto luego.

CAPITÁN

Pero, ¿y si me coge la vez?

GUERRERO PRIMERO

Espiemos detrás de la arboleda. Como se extralimite el trovador, le rompemos la mandolina en la cabeza.

CAPITÁN

Vámonos, sí.

Malhumorado a la PRINCESA.

Adiós, Princesa.

PRINCESA

Adiós.

Asombrada ante la marcha repentina.

¿Qué pasará?

Se van los tres y suena la música de los trovadores detrás de la arboleda. Cuando termina entra el TROVADOR.

TROVADOR

Princesa, ¿dáis vuestra venia?

PRINCESA

Pasa, pasa, trovador.

TROVADOR

Dejad que hasta vos se llegue
y su tesoro os entregue
un errante soñador.
Princesa,
cara de flor;
boca de fresa,
perfume y color;
oye, Princesa, el amor
que trémulo mal expresa
vuestro amante trovador.
¿No sabes lo que es amor?

PRINCESA

Yo, no.

TROVADOR

¡Calla por Dios, Princesa, que rompes el ritmo!

PRINCESA

¿Cómo?

TROVADOR

Que estropeas el verso. Una palabra, una sílaba de más, bastan para desbaratar toda una poesía.

PRINCESA

Como me preguntabas...

TROVADOR

Pregunto, pero no debes contestar.

PRINCESA

¿No?

TROVADOR

No.

PRINCESA

Bueno, bueno.

Se calla y se dispone a escuchar como una niña buenecita. El TROVADOR vuelve a las nubes.

TROVADOR

¿No sabes lo que es amor?
Es licor seductor,
embriagador y traidor,
que consume en un ardor
de placer y de dolor.
Licor, mágico licor
que hace del placer, querer,
y del querer, padecer,
y del padecer, amor;
de tal manera, mujer,
que son uno y mismo sér
querer, placer y dolor.
Eso, Princesa, es amor.
Es lo que el mar dice al río
y el río le dice al viento
y el viento al corazón mío;
es lo que dice mi acento
que en demente desvarío
da su voz el firmamento.
Lo que repite la fuente
cuando en la tersa laguna
se espeja, pura y silente,
silente y pura, la luna.
Lo que nos dice la flor
con su olor, y el ruiseñor,

nocturno y bello cantor,
cuando oculto en la arboleda
da su trino soñador,
de oro, cristal, sueño y seda.
Todo quiere florecer
el sér que quiere no ser
y el no sér que quiere ser,
y el ganar como el perder;
en fin—para no cansar—,
fuente y río, arroyo y mar;
luna, brisa, viento, flor;
arboleda y ruiseñor;
mandolina, trovador...
tierra, cielo, flor y sér
pugnan por un florecer
único y mismo: ¡el amor!

El TROVADOR se queda tan ufano, como si el verso fuera digno de los mármoles, y espera la aprobación de la PRINCESA. La PRINCESA espera también.

¿Qué os parece?

La PRINCESA no contesta.

Que qué os parece... ¿No contestáis?

PRINCESA

¿Hay que contestar ahora?

TROVADOR

Sí, ya se terminó. ¿No te ha gustado?

PRINCESA

Mucho. ¡Qué bien sabes hablar!

TROVADOR

¡Es mi oficio!...

PRINCESA

El capitán me ha dicho también cosas de amor...; pero no las entiendo nunca.

TROVADOR

¿A mí sí?

PRINCESA

A ti tampoco.

TROVADOR

Alarmado.

¿No te han gustado mis versos?

PRINCESA

Mucho, sí.

TROVADOR

Pero ¿no me has entendido?... Es natural. Nunca se comprende la grandeza. Yo soy como la tempestad, como el mar, como Dios: no se me entiende, pero no es necesario: con que creas en mí, basta.

PRINCESA

¿Me cantarás otras canciones?

TROVADOR

¿Tú quieres?

PRINCESA

Sí que quiero.

TROVADOR

¿Siempre estaremos juntos?

PRINCESA

Bueno.

Interrumpe el diálogo una charanga fanfarriosa, alegre y decidida, que de lejos se va acercando. Hasta que aparece el MERCADER, la música sonará muy piano, a fin de no apagar las palabras.

TROVADOR SEGUNDO

Entrando para avisar a su señor.

Señor, que viene el mercader.

TROVADOR

Deja que venga: ya sabe cantar ella con la música mía.

TROVADOR SEGUNDO

¿Qué le habéis dicho?

TROVADOR

El verso de siempre. A qué inventar otro, si este es insuperable. «Padecer, pensar, placer; furor, ardor y licor; tener amor, ser y no ser y sostener y trovador»... ¡Ah, qué locura!

Se vuelve hacia la PRINCESA y los tres se despiden de ella con una profunda reverencia.

TROVADORES PRIMERO Y SEGUNDO

Princesa...

PRINCESA

¿Os vais? Adiós, hasta otro día.

Entra una comitiva pintoresca. Personillas fantásticas, todos

con traje igual, vienen portando objetos raros o preciosos; el que abre la marcha, trae unos globos de gas atados con hilos; el que le sigue un cazamariposas al hombro; el otro un balón enorme debajo del brazo; el otro una vara de barquillos en cada mano; y así los demás con juguetes divertidos y vistosos. Quedan todos alineados delante de la PRINCESA, cada cual con su presente. La música de la marcha parecerá formada con cascabeles, xilofones, cáscaras de nuez y cajas de música encantada. El MERCADER, acompañado de un negrito, quedóse en un extremo presenciando el desfile, y al terminar se adelanta a la PRINCESA que se ha quedado boquiabierta ante aquéllo, y le dice, magnánimo.

MERCADER

¡Princesa, dignáos escuchar! Mis rivales, vuestros adoradores, os habrán ofrecido su persona; la gallardía de su figura, el capitán; los almíbares de su retórica, el poeta. Yo, más modesto, creo que vale poco un hombre para ofrecerse a cambio de vuestro amor y os traigo cuantas maravillas da el mundo para que todas os entretengan y os adornen. ¿Qué podrá soñar vuestra fantasía que no tengáis al punto?... Pasearéis en elefantes que amaestré yo mismo para que os coloquen con la trompa sobre sus lomos. Tengo liebres que arrastran cochecillos y conejos que se presentarán delante de vos para que los cacéis cuando os plazca. Vo-

laréis por nuestros jardines montada en pavos reales que en mis granjas crié; dormiréis la siesta en gigantescas flores de cala, y bogaréis sobre los nenúfares azules... ¿Qué habrá que no tengáis?... Las varas mágicas de las hadas son pobre cosa comparadas con el talismán que yo poseo: discos de oro acuñado que abren puertas, rinden voluntades y suprimen distancias... No soy gallardo, no, por dicha mía: mi panza se redondeó como la de vuestro augusto padre, gustando manjares que harían perder la esbeltez al capitán, y que el poeta ensalza en verso sin que el infeliz los cate nunca. Pero... ¡qué importa mi figura si en todo el día te pararás a contemplarla, tantas serán las maravillas que te rodearán por doquiera, y en la noche, cuando te amaré y me amarás, allá se van las figuras de un capitán y la de un mercader de trigos!...

A la comitiva.

Id pasando y mostrad mis presentes a vuestra Princesa y señora.

PRINCESA

Viendo todos los regalos, encantada.

¿Todo esto es para mí?

MERCADER

Si te gusta...

PRINCESA

¡Pues ya lo creo! ¡Si es precioso!

MERCADER

Me hace feliz el ver que os placen mis obsequios. Pero el negocio es el negocio: todo esto es para ti si te casas conmigo; si no, los elefantes, los nenúfares, los cisnes y las liebres se irán con todas las telas y las joyas en busca de otra mujer más complaciente.

Quitándole de la mano los juguetes que haya cogido la PRINCESA.

PRINCESA

No, no, que no se vayan; me casaré contigo.

MERCADER

No esperaba menos de tu ingenio.

A la comitiva.

Entrad estos tesoros en las habitaciones de la Princesa y marchad al punto en busca de otros.

Vuelve a sonar la música, y como vinieron van entrando en la casa de la Princesa. El MERCADER y ella los siguen. Cuande han entrado en la casa apa-

recen el TROVADOR y su compañero, que estaban ocultos detrás de la arboleda.

TROVADOR

¿Habéis visto? ¡Qué escándalo!

TROVADOR SEGUNDO

Ese hombre la soborna. Quiere conquistarla por dinero.

TROVADOR

Llamad al capitán.

El CAPITÁN, que también estaba escuchando, se presenta sin que le llamen.

CAPITÁN

El capitán está aquí.

TROVADOR

¿Escuchasteis también?

CAPITÁN

Detrás de esos macizos.

TROVADOR

Ese hombre no promete lo que tiene, como nosotros, sino que inventa y miente.

TROVADOR SEGUNDO

Ese hombre no enamora, falsifica.

CAPITÁN

Le cortará el paso mi espada.

TROVADOR

Es nuestra salvación.

CAPITÁN

Pero la Princesa tiene que ser para mí.

TROVADOR

Conforme... La mujer fué siempre tentación... hace perder el tiempo, y no podéis vos imaginaros la cantidad de tiempo que hace falta para sacar los versos bien pulidos.

CAPITÁN

Pues como deseáis se cumplirá. Voy por los míos.

TROVADOR PRIMERO

¡Marte os proteja, capitán!

CAPITÁN

Que a mi vuelta encuentre el campo libre, trovadores. Quiero habérmelas con ese hombre frente a frente.

TROVADOR

¡Cantaré vuestro arrojo en un poema!

Se retira el CAPITÁN.

TROVADOR PRIMERO

Es indigno lo que acabáis de hacer: renunciar al amor por la riqueza.

TROVADOR

Yo no renuncio a nada: desde hoy sublevaré al pueblo y venceremos al capitán y al mercader.

TROVADOR PRIMERO

Cierto: no hay más camino que la revolución para los que tenemos corta la bolsa pero larga la lengua.

TROVADOR

¡A preparar la lucha! ¡En marcha!

Se van los trovadores. Por el extremo opuesto aparecen AMA CASILDA y MAESE ROQUE.

NODRIZA

...No, no y no. Te digo que yo no me resigno. Conozco a Pedrín y es capaz de hacer cualquier disparate si se le ha metido en la cabeza casarse. Y después de todo, ¿por qué no se van a casar, quieres decirme? ¿Porque el chico no es príncipe? ¡Que lo hagan, y ya está! ¿No era príncipe el hermano del Rey? Pues bien que me cortejó cuando era moza. ¡Mira tú si me hubiera sido difícil que el chico fuera príncipe!... Los escribanos, si hay dinero, lo vuelven todo del revés... Háblales tú y entonces...

MAESE ROQUE

¡Qué cosas se te ocurren, ama Casilda! Los señores escribanos son unos señores honorables... El dinero no lo puede todo, no. Más puede la malicia... No puede ser lo que tú quieres; pero ¡quien sabe! Tal vez haya por esos mundos gentes a quienes les convenga que sea príncipe Pedrín... y... si Dios quiere, para él no hay nada imposible...

Se van por la puerta opuesta a la que entraron, y en cuanto han desaparecido entra el CAPITAN con su acompañante.

CAPITÁN

Entrando.

No hay que perder momento.

GUERRERO PRIMERO

Al CAPITÁN.

Pero si os hiere el mercader...

CAPITÁN

El mercader saldrá corriendo en cuanto vea espadas.

GUERRERO PRIMERO

Puede no correr y haceros frente.

CAPITÁN

Siempre hay tiempo de seguir la vía diplomática.

GUERRERO PRIMERO

Y el trovador, ¿creéis que va a renunciar a la Princesa?

CAPITÁN

El trovador está vencido. No tiene fuerza ni dinero.

GUERRERO PRIMERO

¡Adelante, pues!

CAPITÁN

Ocultáos entre los árboles. Si yo gritara «¡a mí!», auxiliadme.

GUERRERO SEGUNDO

Pronto me tendréis, capitán.

Se marcha el GUERRERO y aparece FANEGA seguido del NEGRITO

MERCADER

¿Me habéis llamado, capitán?

CAPITÁN

Mercader, un momento.

MERCADER

Mandadme, como siempre.

CAPITÁN

Se trata de un asunto privado.

MERCADER

Al NEGRITO.

Retírate, Cocuyo. Divierte a la Princesa, y dale la luna, si la pide. Capitán, os escucho.

CAPITÁN

Embaucáis a la Princesa, mercader, y eso no es juego limpio.

MERCADER

Enamorar, es embaucar, capitán.

CAPITÁN

Es que vos la mentís: jamás podrá bogar en hojas, como la habeis dicho hace poco.

MERCADER

¿Por ventura decís verdad vosotros, los enamorados, cuando aseguráis, con las manos en el pecho, que os morís de pasión por la dama?

CAPITÁN

Es otra cosa.

MERCADER

No opino así.

CAPITÁN

Quiere decir entonces que seguiréis luchando de ese modo.

MERCADER

De cuantos modos me convenga.

CAPITÁN

Tirando de espada.

Pues las espadas juzgarán.

MERCADER

Qué, ¿vamos a batirnos?

CAPITÁN

¡A batirnos! Y en el acto: ya es tarde.

MERCADER

¡Vaya por las espadas!...

Desenvaina la suya.

¡A batirnos!...

CAPITÁN

¿Sabéis con quién vais a luchar?

MERCADER

Voy a saberlo en este instante.

CAPITÁN

En guardia.

MERCADER

En guardia.

Batiéndose.

CAPITÁN

Una, dos, tres...

El MERCADER muestra torpeza de movimientos y poca pericia en el manejo de la espada.

Una, dos, tres...

MERCADER

Una... dos... ¡Ay, soy muerto!

Tira la espada y cae llevándose las manos al pecho.

CAPITÁN

Sorprendido.

¡Caracoles! No quería yo tanto.

Acercándose al MERCADER y sacudiéndole.

¡Mercader!

El MERCADER no responde.

¡Caramba, esto es más grave!...

Llamando.

¡A mí!

GUERRERO

Entrando con la espada desnuda, y en actitud de ataque.

¡¡Atrás!!

UNIV. OF CALIFORNIA

CAPITÁN

¡Qué atrás: adelante!... La cosa se complica.

GUERREROS

Al descubrir a FANEGA en el suelo.

¿Muerto?

CAPITÁN

No sé.

GUERRERO PRIMERO

¿Le heristeis?

CAPITÁN

Se hirió solo, de aturdido que estaba...

Volviéndole a llamar.

¡Mercader!

GUERRERO

¡Nada, no contesta!

CAPITÁN

Habrá sido capaz de morirse, el muy imbécil.

GUERRERO PRIMERO

Hay que huir, por lo pronto.

CAPITÁN

Huyamos al momento.

Se van precipitadamente los tres, y en cuanto desaparecen, se incorpora FANEGA con parsimonia, quedándose sentado en el suelo.

MERCADER

¡Bueno!... Tenéis en la sesera... cañamones... Como que iba yo a dejarme pinchar por un bigotes semejante...

Dándose golpecitos en la espalda.

¡Resucita, mercader! ¡Vuelve a este mundo de los capitanes de espadón y de los poetas en compota.

Llamando.

¡A ver, Cocuyo!

NEGRITO

Saliendo de la casa.

¡Señó!

MERCADER

¿No has visto que me han matado?

NEGRITO

¡Sí, mi señó!

MERCADER

¿Qué hiciste entonces, bigardón, que no acudiste en mi socorro?

NEGRITO

El señó se hiso el muerto, señó. Cocuyo lo vió, señó... La espada del señó capitán no tenía sangre; Cocuyo lo vió. Y se rió mucho, señó. ¡Ji, ji, ji!

MERCADER

¡Listo chico! ¿La Princesa está contenta?

NEGRITO

Dice que se va a casar con tré.

MERCADER

¿Con tres? ¿Con quién?

NEGRITO

Con el capitán, como en lo cuento.

MERCADER

¿Y con quién más? ¿Con el poeta?

NEGRITO

Sí, porque sabe linda música y canto.

MERCADER

¿Y conmigo además?

NEGRITO

Eso es, señó.

MERCADER

¡Demonio!... Vamos a ver al papá y entonces hablaremos.

Van a marcharse FANEGA y el NEGRITO y se encuentran con EL REY, que sale seguido de MAESE ROQUE y los ministros. Estos se detienen sin entrar en escena a una señal de MAESE ROQUE, y EL REY se adelanta hacia el MERCADER.

MERCADER

¿Dónde vais, Majestad?

EL REY

A las fiestas que he preparado para la boda de mi hija.

MERCADER

¿Pero sabéis ya con quién se casa?

EL REY

No lo sé, pero con alguno será. La cuestión es que haya fiestas. No desperdicio ocasión para que mi reinado sea brillante: cucañas, fuegos artificiales, globos, retreta histórica, gallardetes, primera piedra de mi estatua...

MERCADER

Yo doy dinero para que la estatua sea doce veces más grande.

EL REY

Me gustáis para yerno, mercader. Véngase con nosotros; vamos a recorrer la ciudad en procesión para fraternizar con el pueblo.

MERCADER

Mi séquito nos acompañará. ¡Sigan todos los míos al Rey!

Desfilan al son de la música EL REY, el séquito de ministros y detrás los negritos todos con farolillos de papel en la punta de unas pértigas. Cuando han desaparecido entra el CAPITÁN y su acompañante.

CAPITÁN

¡Ese infame de mercader nos ha burlado! Pero a su astucia contestará mi audacia.

GUERRERO

¿Qué decís?

CAPITÁN

Que perdidos del todo, da lo mismo que nos ahorquen una vez como que nos ahorquen dos veces... Robaré a la Princesa, y entonces seremos nosotros jueces y no reos.

GUERRERO

Con solidaridad entusiasta.

En la guerra como en la guerra: la Princesa será nuestra.

CAPITÁN

Aclaratorio.

¡Será mía!...

Hecha la aclaración se vuelve hacia el lugar por donde desapareció la comitiva y conmina, profético:

¡La Princesa no dormirá esta noche en su palacio!

FIN DÉL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Alcoba de la Princesa. A derecha e izquierda, puertas laterales; a la derecha del frente, una cortina, ocultando a medias el lecho de la Princesa; a la izquierda, un balcón al jardín; más a la izquierda un tocadorcito y en el centro un sofá con almohadones. La entonación del cuarto, suave; blanco de muselina en los balcones, blanco de encajes en el lecho, blanco de esmalte o laca en los mueblecitos coquetones y leves; los almohadones, en gama de grises y morados; violeta las pantallas de las velas del tocador; gris perla, los muros y, ornando los arcos ligeramente ovales, de balcón y de puertas, un motivo, en lila y verde malva, de esbeltas espiróides enlazadas, como las espiras de la espiga del heno. Sobre el balcón, completa el motivo ornamental un canasto de flores en torno al cual revolotean las notas *cadmium* de unas mariposas esparcidas.

Al levantarse el telón está la escena sola. Entra al poco **AMA CASILDA** y arregla la cama de la Princesita. Vuelve el embozo, alisa la sábana, mulle las almohadas; estando en esta operación se asoma por la puerta **MAESE ROQUE**.

MAESE ROQUE

Pss... Ama Casilda.

NODRIZA

Entra, Maese Roque.

MAESE ROQUE

¿No se acostó la niña aún?

NODRIZA

Todavía no; ¿qué quieres?

MAESE ROQUE

Vengo a la caza de un ratón.

NODRIZA

¿De un?...

MAESE ROQUE

Vengo a dejarte con la boca abierta y temblando... Fíjate bien... Vas a ver un bonito juego de manos... Mira...

Se remanga como los prestidigitadores; enseña las manos limpias.

Aquí no hay nada, ¿ves?... Pues, ¡atención!

Levanta el extremo de la colcha, mete una mano debajo de la

cama y saca de una oreja al TROVADOR, que estaba allí escondido.

Un poeta.

NODRIZA

¡Jesús!

TROVADOR

Señor Maese..., suelte que ya salgo, señor Maese.

MAESE ROQUE

¡Un hombre de vuestros méritos en esa situación!

NODRIZA

Pero ¿qué hacía ahí? ¡Mírenle, el zorro!

MAESE ROQUE

A CASILDA.

Tú miras, ves y callas o te marchas.

CASILDA cierra los labios y permanece muda y apartada, con mucha atención y mucho miedo.

TROVADOR

Maese Roque, escúcheme.

MAESE ROQUE

Siempre encantado de servirle.

TROVADOR

Vos podéis delatarme.

MAESE ROQUE

Puedo.

TROVADOR

Pero con esto ganáis poco.

MAESE ROQUE

Tal vez.

TROVADOR

¿Queréis ayudarme y ser mi cómplice?

MAESE ROQUE

¿Su cómplice?...

Meditativo.

Presentadme vuestras proposiciones: ¿tenéis más fuerza que yo?, me conviene ser vuestro cómplice; ¿tengo yo más fuerza que vos?, seréis cómplice mío.

TROVADOR

Nadie más poderoso en este instante que Flor-de-Lis, el trovero.

MAESE ROQUE

Vamos a ver.

TROVADOR

He conquistado a la multitud: ¡también la multitud es mujer!

MAESE ROQUE

¿Con versos la conquistasteis?

TROVADOR

Con tres, por falta de uno. Un himno subversivo, un romance soñador y un epigrama virulento.

Recitando.

Redención, ruge el trueno en los cielos,
redención, el cañón que retumba;
redención, el volcán en los suelos;
redención, redención o la tumba.

Así comienza el himno: arrebatador y titánico.

MAESE ROQUE

Domináis el ripio tradicional: el porvenir es vuestro.

TROVADOR

En cambio la balada:

Ved lo que decía
desde su prisión:
¿para el alma mía
no habrá compasión?
¡Cuándo será el día,
Príncipe Ilusión,
cuándo será el día
de mi redención!

Está bien claro el símbolo, ¿eh?; y el epigrama:

¡Chitón, chitón!
No despierte el Rey... Lirón,
Lirán, lirón.
¡Todo duerme en la nación!

¿Que le parece?

MAESE ROQUE

Que el destino nos libre de un poeta con hiel.

TROVADOR

Si logro conquistar á la Princesa seré a los ojos del pueblo el Príncipe Ilusión que salva a la princesa encarcelada. Y el pueblo, entonces, me defenderá contra todos.

MAESE ROQUE

¡Gran plan! Soy vuestro cómplice.

NODRIZA

¿Éste llevarse a la niña? ¡No lo creas!

MAESE ROQUE

Tú oyes, ves y callas.

Al TROVADOR.

Esta noche, seor trovador, dad serenata a la Princesa y esperadme a las once en la plazoleta del Palacio: yo mismo os haré entrar en esta cámara en el momento más propicio.

TROVADOR

¡Bravo!

MAESE ROQUE

Márchese, que la Princesa está al llegar.

TROVADOR

Os nombraré privado, gran chambelán y tesorero mayor del reino.

Sale.

NODRIZA

¿Será mentira todo eso? ¿Le has engañado?

MAESE ROQUE

Me conoces. Tengo el gran plan. Escucha. El capitán quiere robar a la Princesa.

NODRIZA

¡Jesús!

MAESE ROQUE

Están citados esta noche en la plazoleta del palacio. Pero cuando el capitán crea encontrarse con ella, se encontrará con el trovador, el trovador se encontrará con el capitán, y se estropearán el juego mutuamente.

NODRIZA

Pero el pueblo...

MAESE ROQUE

Lo ha enardecido el poeta con himnos; pero el fruto lo recogeré yo; los poetas siempre preparan con sus versos a las mujeres para que caigan en brazos... de otros. Y... «¡también la multitud es mujer!» ¡Ay, Ama Casilda, si salen las cosas como yo las preparo, habrá revolución esta noche!

NODRIZA

¡Dios me valga!

MAESE ROQUE

Mañana será Príncipe Pedrín y tú irás en litera.

NODRIZA

¿Y si no salen?

MAESE ROQUE

¡Ah! Si no salen, me colgarán de un árbol—y a ti de otro.

NODRIZA

¡Ay, ay, ay! ¿Pero qué necesidad de revoluciones si con dinero se hubiera podido arreglar todo?

MAESE ROQUE

El mercader tiene más dinero que nosotros y ha sobornado a los ministros. No queda más camino que la fuerza.

NODRIZA

Estoy temblando.

MAESE ROQUE

Para hacer príncipes hay que jugarse la cabeza.

NODRIZA

Y Pedrín, ¿sabe algo?

MAESE ROQUE

Lo que yo he querido que sepa, lo suficiente para que le tengas ya en el jardín oculto y al acecho. Vete a dormir, y como si no supieras nada.

Desaparecen AMA CASILDA y MAESE ROQUE. La PRINCESITA entra por la puerta contraria y, al ver que AMA CASILDA no está, va hacia la puerta por donde salió; mira por una rendija para ver si alguien se acerca, y luego, a toda prisa, se quita los zapatos de un puntapié, coloca sobre la butaca otro vestido que trae en la mano y se mete en la cama sin desnudarse, tapándose hasta las orejas. Cuando en este momento aparece AMA CASILDA y se acerca a la cama, la PRINCESITA, arrebujada, apenas si asoma las naricillas entre el embozo.

NODRIZA

Pero, niña, ¿te has acostado ya? ¿Con el balcón abierto?

PRINCESA

Es que..., tenía calor.

NODRIZA

Sí... Qué noche más hermosa, ¿verdad? Hasta mañana, si Dios quiere.

Va a darle un beso.

No te tapes de ese modo. ¡Te vas a ahogar! Baja un poco la ropa.

PRINCESA

No... que tengo frío.

NODRIZA

Pero, hija mía, ¿frío?

Transición.

Pues mira, es verdad, ha cambiado el tiempo... Adiós, hija...

PRINCESA

Adiós...

Al irse AMA CASILDA queda la escena a oscuras. Por el balcón se ve el jardín, azul de noche y luna. Canta la música un nocturno. La PRINCESA salta de la cama, diligente, como llegado el momento de apresurarse y, callandito, se echa un vestido-túnica suelto y amplio, que cierra sin más que un cordón a la cintura, se pone un manto de capuchón, va a las puertas para

asegurarse de que todo duerme en palacio, y, en la mano los zapatitos, se prepara a saltar por el balcón. Pero no acierta con todo aquello; le estorba el manto y, sobre todo, le estorban en la mano los zapatos; los deja en el suelo y va a saltar, pero... ¿cómo los coge luego? Al fin comprende que es mejor tirarlos al jardín y saltar libre; los tira, vuelve a entrar por algo que se le olvidó; se detiene un momento a sujetarse mejor el manto, porque con la premura va mal sujeto, y se pisa el borde al andar. Cuando se considera ya arreglada y va a marcharse definitivamente, PEDRIN ha entrado por el balcón con los zapatos de ella en la mano, y se encuentran frente a frente.

PRINCESA

Asustada.

¡Uy!... ¡Pedrín!

Sosegándose al reconocerle.

¡Uy, qué susto! Pero ¿eres tú?

PEDRÍN

Con sorna.

Se te han caído estos zapatos, se conoce, y... he subido a traértelos.

PRINCESA

No, si no se me han caído: los he tirado yo. Es que me voy, ¿no sabes? Me voy con el capitán.

PEDRÍN

Ah, ¿lo confiesas?

PRINCESA

Me han dicho que no se lo diga a nadie, pero a ti sí te lo digo.

PEDRÍN

Claro, a mí sí, ¿verdad? Qué importa a mí si yo no soy nadie, ¿verdad? Pues vais a saber todos quién soy. ¡Ni más ni menos!

PRINCESA

Pero anda, ¡vaya un genio!

* (1) PEDRÍN

Yo no soy príncipe, pero si no lo soy, mejor, y si

(1) Si se hace necesaria la brevedad puede suprimirse el trozo de escena comprendido entre este asterisco y el de la pág. 122. En el estreno fué suprimido. Se incluye aquí porque el autor no lo considera del todo supérfluo, si bien tampoco imprescindible.

tú eres princesa, ¡te aguantas! Y si el capitán y el no capitán son reyes archipámpanos, lo mismo.

PRINCESA

Bueno, a mí no me chilles, eso... Que estás poniéndote muy tonto.

PEDRÍN

Como quiero... A ti y a esos capitanes zascandiles voy a meteros yo en cintura.

PRINCESA

¿A mí?

PEDRÍN

A ti.

PRINCESA

Será si quiero.

PEDRÍN

Y si no quieres.

PRINCESA

Tú no mandas en mí.

PEDRÍN

Ya lo veremos.

PRINCESA

La culpa es mía, bueno.

PEDRÍN

¿Qué te has creído tú, que voy a andar siempre con mimos?... Te equivocas... ¡Vaya con la señorita! Qué mañas ha sacado en cuanto se ha visto con un novio.

PRINCESA

¡Pedrín!...

PEDRÍN

¡Ya no hay Pedrín!

Quiere ir hacia él la PRINCESA para calmarle, pero al verse rechazada con sequedad y con dureza, se queda cortada primero y rompe a llorar luego. Se enfría el furor de PEDRIN al ver que llora la PRINCESA. Teme haberse excedido; pero lucha entre el arrepentimiento y el amor propio. Hay una pausa en la que ella gime desconsoladamente, y él no sabe que hacer.

PEDRÍN

A frases espaciadas mientras ella sigue llorando sin contestarle.

Mira lo que se saca con estas cosas... Claro... siempre soy el que cede... Te gusta eso, ¿verdad? ¡Pues anda que no te pones tú poco...! No ha sido para tanto, después de todo... Total, ¿qué he dicho? No sé por qué lo

tomas de ese modo... No llores más, mujer... No llores más... ¿A qué lloras así?...

PRINCESA

Pues es claro que lloro... Todos son a reirse de mí y a regañarme... Y tú también; ayer te fuiste de aquel modo y hoy esto. * ¿Qué hago yo para que te pongas así?

PEDRÍN

Te parece poco, ¿marcharte con ese hombre?

PRINCESA

Yo no tengo la culpa. Que metan preso al mercader.

PEDRÍN

¿Qué tiene que ver el mercader con todo esto?

PRINCESA

Pues ya lo creo que tiene: me quiere envenenar.

PEDRÍN

¿Envenenarte el mercader?

PRINCESA

Si señor. Quería darme unas hierbas que hay muy

malas, para poderme coger y llevarme a su barco y que no me volvieran a ver más.

PEDRÍN

¿Quién te ha dicho eso?

PRINCESA

El capitán. Gracias a que él se enteró y vino y me lo dijo, y me va a llevar donde el mercader no me vea, y luego meter preso al mercader y salvarme.

PEDRÍN

¿Te ha dicho todo eso?

PRINCESA

Sí, pero cállate, que tiene criados por todas partes y todo se lo cuentan, y como lo sepa nos mata a todos, y ya ves.

PEDRÍN

Eso lo ha dicho el capitán.

PRINCESA

Él lo ha dicho, él.

PEDRÍN

Y tú, tonta y retonta, lo has creído.

PRINCESA

¿Es mentira?

PEDRÍN

¿Pues no ha de ser mentira?

PRINCESA

¡Andá!

PEDRÍN

¿No lo comprendes?

PRINCESA

Yo no, ¡qué voy a comprender, ni por qué voy a comprenderlo, señor, si nadie me lo explica!... ¿No me dice papá que son muy buenas personas y que no me ría y que me quieren mucho? ¿Cómo voy a saber si es mentira? Unos me dicen una cosa, otros otra y todos se ríen de mí... ¡Ya estoy harta, eso es... Viene el capitán, y todo son fiestas y caricias, y que me quiere mucho, y que el amor es lo mejor que hay en el mundo, y en cuanto viene el trovador y me dice lo mismo, ¡adiós!: es un infame, y se ponen furiosos y se quieren matar. ¿Hay quién entienda esto?

PEDRÍN

Sí, yo lo entiendo.

PRINCESA

Ves, si tú estuvieras conmigo y me dijeras las cosas como otras veces.

PEDRÍN

Tú querrás estar mucho conmigo, pero bien te vas a casar.

PRINCESA

¿Pero no voy a estar contigo si me caso?

PEDRÍN

Claro.

PRINCESA

Ah, pues entonces, no. ¡Nos casamos nosotros!

PEDRÍN

No podremos; como yo no soy príncipe...

PRINCESA

Pues nos escapamos, y ya está.

PEDRÍN

¿Quieres?

PRINCESA

¿No me iba a marchar con el capitán? Pues contigo, mejor.

PEDRÍN

¡Eso, eso!

Se oyen en la puerta unos golpes y voces de los dos BUFONES llamando.

BUFÓN PRIMERO

¡Pedrín!

BUFÓN SEGUNDO

¡Pedrín!

BUFÓN PRIMERO

¡Princesa!

BUFÓN SEGUNDO

¡Princesa!

BUFÓN PRIMERO

¿Se puede?

BUFÓN SEGUNDO

Entrando.

Adelante.

PEDRÍN

¿Qué es eso?

BUFÓN PRIMERO

Nada.

BUFÓN SEGUNDO

Ya puedes prepararte.

PRINCESA

¿Qué quieres?

BUFÓN PRIMERO

Viene el Rey.

PRINCESA

Sin susto ninguno, más bien con sorpresa alegre.

Viene papá, ¿qué quiere?

BUFÓN PRIMERO

El capitán Bombarda ha dicho al Rey que estábais juntos.

BUFÓN SEGUNDO

Pero por nosotros, escápate.

PEDRÍN

¿Escaparme? ¡No!

BUFÓN PRIMERO

Pedrín, no seas chiquillo.

PEDRÍN

¡Que no!

BUFÓN SEGUNDO

¿Pero quieres jugarte la cabeza?

PEDRÍN

Sí.

BUFÓN SEGUNDO

No lo entiendo.

BUFÓN PRIMERO

Ni yo.

PRINCESA

Vosotros debéis ser tontos.

BUFONES

¿Nosotros?

PRINCESA

A mí cada vez que digo «no lo entiendo» me dicen «tú eres tonta»: igual vosotros...

BUFÓN PRIMERO

No, no, hija mía; si eso de que eres tonta tú pasó a la Historia.

PRINCESA

¿Ah, ya no soy tonta?

BUFÓN SEGUNDO

Sí; de las que se meten en casa... con el novio.

PEDRÍN

Enfurecido.

¿Vas a callarte?

BUFÓN PRIMERO

Bueno, cumplamos nuestro encargo, y ¡allá ellos!

Se dirigen al lecho de la PRINCESA y echan la colcha por encima tratando de arreglar el desorden de ropa. Entretanto dicen:

BUFÓN SEGUNDO

«A batallas de amor, campo de pluma.»

BUFÓN PRIMERO

¡Ordenemos el campo!...

PEDRÍN

Fuera de sí.

¿Te vas o te estrangulo?

BUFÓN SEGUNDO

Pardiez, me voy.

BUFÓN PRIMERO

Como él se irá a la horca, quiere llevarse alguno por delante.

Se van.

PRINCESA

¿Pero qué quieren éstos? ¿Por qué te enfadas tanto?

PEDRÍN

No es nada... Tú no temas.

Vuelven los BUFONES y anuncian.

BUFÓN PRIMERO

¡El Rey!

BUFÓN SEGUNDO

¡Aquí está el Rey!

CAPITÁN

Entrando antes que nadie.

¿Y ese bellaco huyó en la sombra?

BUFÓN PRIMERO

No, señor.

BUFÓN SEGUNDO

El bellaco está aquí, tan campante.

CAPITÁN

Cortado por la sorpresa.

¡Ah, conque...!

Volviéndose al REY que llega y señalando a los delincuentes.

Majestad, ved si eran ciertas mis palabras.

PRINCESA

Yendo hacia el REY corriendo al verle entrar.

¡Papá!

EL REY

Malhumorado.

Déjame niña. No te hagas ya la tonta porque ya no me engañas.

PRINCESA

Pues, señor, bueno. Ya me callo. Unas veces que soy tonta, otras que no, y ni lista ni tonta acierto.

EL REY

Considerando la escena con rabiosa contrariedad.

¡Bonita situación!

BUFÓN PRIMERO

No le dé sofoco a Su Majestad: al Padre Eterno, con ser él, le ocurrió un caso parecido.

EL REY

¡No estoy para cuchufletas!

PEDRÍN

Le diré que yo...

EL REY

¡Ni una palabra!

CAPITÁN

¡Silencio!

PRINCESA

¡Calla!

PEDRÍN

Pero es que no sabe Su Majestad...

EL REY

¡No quiero saber nada!

BUFÓN PRIMERO

¡Como siempre!

BUFÓN SEGUNDO

A PEDRÍN

Te está bien empleado, por fantoche.

Entran de rondón los ministros, el TROVADOR, FANEGA, y, conforme aparece cada uno, van diciendo:

ABOGADO

Majestad, con permiso.

EL REY

¿Qué es eso?

HERÁLDICO

Con permiso.

TROVADOR

Con permiso.

EL REY

Pero, ¿a qué viene tanta gente?

CAPITÁN

¿Quién les dió venia para entrar?

ABOGADO

Fanega quiere hablaros.

CAPITÁN

Con alarma.

¡El mercader!

MERCADER

Entrando decidido.

Y como quiere hablaros, no pierde el tiempo en antesalas.

CAPITÁN

¡Me ahorcan!

MERCADER

Vengo a deciros, Majestad, que el capitán iba a robar a la Princesa.

PEDRÍN

Exacto.

EL REY

¡Cómo!

MERCADER

Que el capitán iba a llevarse a la Princesa.

CAPITÁN

¡Es falso, Majestad!

PEDRÍN

Es verdad.

PRINCESA

¡Sí, sí!

EL REY

Pero ¿será posible!

PRINCESA

¡Me iba a llevar, me iba a llevar!

ABOGADO

Y a más de todo esto, el capitán mató al señor Fanega.

MERCADER

¡Me mató!

EL REY

¿Cómo que le mató?

PRINCESA

¿Pero está muerto?

ABOGADO

Jurídicamente, sí.

EL REY

Santa Virgen, ¡qué horror! y yo ¡sin saber nada!

TROVADOR

Seguís sabiendo poco. El capitán es un falsario, y el mercader también. Bombarda somete a todos por la fuerza, y Fanega por dinero.

CAPITÁN

¡Trovador!...

HERÁLDICO

¡No le escuchéis, Majestad!

ABOGADO

¡La justicia es del mercader!

HERÁLDICO

¡La opinión es del mercader!

TROVADOR

Porque la justicia y la opinión se han vendido a Fanega.

ABOGADO

Y ¿qué, después de todo? La opinión ¿no es sagrada? ¿No es libre la opinión? Pues si la opinión opinó que debía venderse, hay que respetar los sagrados designios de la opinión.

HERÁLDICO

¡Qué pico de oro!

CIENTÍFICO

¡Cómo habla!

ABOGADO

El dinero que reparte el mercader entre los ciudadanos enriquece el país.

HERÁLDICO

Quien lo niegue quiere nuestra pobreza.

CIENTÍFICO

Quiere arruinarnos.

MERCADER

Y sobre todo y ante todo: el dinero del Rey se lo he prestado yo. El dinero del país lo he dado yo; y si no me dan a la Princesa arruino a todos. ¿Qué tal?

CAPITÁN

Que tengo ejércitos, y que si la Princesa no es para mí, ¡voto a cien bombas!, el dinero del mercader y de cien mercaderes más lo tendréis que gastar en guerras.

TROVADOR

Y yo digo a todo eso que no saldrán vivos esta noche ni el mercader ni el capitán, si no dan al pueblo lo que pide.

CAPITÁN

¡Tú eres un pobre diablo!...

TROVADOR

Lo que soy vais a verlo pronto... Majestad, sin rodeos ¿quién de los tres se casa?

EL REY

Asustado ante el conflicto de decidir.

Yo qué sé... ¿tengo yo qué decirlo?

TROVADOR

Al momento.

EL REY

¡Horror! ¿Cómo es posible? No veis que si me decido por uno me deshacen los otros dos.

TROVADOR

Esa es la gracia.

EL REY

Pues ¡no decido, ea!

BUFÓN PRIMERO

El Rey se decide a ser enérgico: ¡no decide!

BUFÓN SEGUNDO

No quiere romperse la cabeza.

TROVADOR

Pues se la romperán los demás.

BUFÓN PRIMERO

Siempre es más cómodo.

El poeta se dirige al balcón y hace una señal. Un clarín levantisco da una llamada de atención, otro le responde más allá,

otro más lejos, y estalla a distancia una batahola de estampidos, voces de muchedumbre, redobles bélicos de tambor y desgañitados de clarín demogógico.

EL REY

¿Qué es eso?

CAPITÁN

Revolución.

LOS MINISTROS

¡Rrrrevolución!

TROVADOR

Mi triunfo, ahí le tenéis.

EL REY

¡Cerrad las puertas!

TROVADOR

Es inútil. Dentro del Palacio está la sedición lo mismo que en las calles.

HERÁLDICO

¡¡Nos han hecho traición!!

EL REY

Pero, ¿qué piden?

BUFÓN PRIMERO

Piden, señor, vuestra cabeza.

EL REY

Miren que mi cabeza, ¿para qué?

BUFÓN SEGUNDO

¡Qué cosa más inútil!

BUFÓN PRIMERO

Que les den la de los ministros.

BUFÓN SEGUNDO

Si no tienen.

NODRIZA

Entrando.

¿Dónde está mi niña? No se vaya a asustar con tanto ruido.

EL REY

A buena hora.

ABOGADO

Mirando por el balcón.

Kálamis el Repúblico se acerca.

NODRIZA

Acercándose a la PRINCESA.

Ven, hija, ven.

ABOGADO

Todas las verduleras se han sublevado.

HERÁLDICO

¿Qué va a ser de nosotros?

PRINCESA

¿Por qué dan esos tiros?

NODRIZA

No tengas miedo, hija. Es para asustarlos.

EL REY

Voy a hacer un escarmiento:

Llamando.

¡El verdugo!

HERÁLDICO

El verdugo ahora, es imposible.

ABOGADO

Eso en tiempo de paz.

CIENTÍFICO

Parlamentemos.

ABOGADO

Va a ser mejor

MAESE ROQUE

Entrando.

Kálamis, paso franco. Aquí está el Rey.

HERÁLDICO

Con superticioso terror.

¡Kálamis el Repúblico, horror!

ABOGADO

¡Nos degollará!...

KÁLAMIS

Entrando en mangas de camisa; en la mano un garrote formidable, un auténtico As de bastos.

¡Paso al pueblo!

BUFÓN PRIMERO

Muramos con un gesto de historia.

BUFÓN SEGUNDO

Como en los cuadros del Museo.

KÁLAMIS

Al Rey.

Buenas noches, Orondo.

EL REY

Receloso.

¿Qué pretendes?

KÁLAMIS

Enfático.

Que triunfe la justicia y el derecho.

HERÁLDICO

Lo que tú quieres es ser ministro, sinvergüenza.

KÁLAMIS

Si es de sinvergüenzas el querer ser ministro, tú lo sabrás.

EL REY

¿De qué se queja el pueblo?

KÁLAMIS

De que se le abandona. De que aquí no se toma en serio nada.

BUFÓN PRIMERO

¡Mejor!

BUFÓN SEGUNDO

¡No veo inconveniente!...

KÁLAMIS

¡Piden escuelas!

EL REY

¡Cualquier cosa! En cuanto les dé escuelas, pedirán vacaciones.

ABOGADO

¡Un jaleo!

HERÁLDICO

¡Ni saben lo que quieren!...

CIENTÍFICO

¡Claro que no!

EL REY

¿No están en el país de más festejos?

ABOGADO

¿Y más sol?

HERÁLDICO

¿Y más sal?

CIENTÍFICO

¿Y más bulla?

EL REY

¡No lo entiendo, vamos, no lo entiendo!

PRINCESA

Tampoco papá entiende. ¡Como yo!

EL REY

Calla, niña.

KÁLAMIS

El pueblo está esperando y pasa el tiempo.

EL REY

Pero ¿qué voy a hacer? Yo no sé nada. Si doy diversiones y se quejan, si quiero usar la horca y me dicen que no conviene, ¿qué voy a hacer?

BUFÓN PRIMERO

Déjeme Vuestra Majestad y calle. Hablaré yo por vos.

BUFÓN SEGUNDO

Y yo.

EL REY

Haced lo que se os antoje. Yo delego. ¡Me marean a mí estas cosas!...

BUFÓN PRIMERO

A Kálamis.

Kálamis, hazte cargo. Los reyes, como lo tienen todo resuelto, en cuanto ven una situación algo difícil no dan pie con bola.

BUFÓN SEGUNDO

Gritan y se resisten y hablan del verdugo por tradición.

BUFÓN PRIMERO

Y por el qué dirá la Historia.

BUFÓN SEGUNDO

Pero en el fondo...

BUFÓN PRIMERO

Si al Rey se le pide, en forma, cualquier cosa y se le dice: O me das esto o tu cabeza.

BUFÓN SEGUNDO

El Rey lo concede en el acto, con mil amores.

EL REY

Claro, ¡por las buenas!

BUFÓN PRIMERO

En cuanto pueda decir a los compañeros de profesión: «Me obligaron», «no tuve más remedio»...

BUFÓN SEGUNDO

Todo resuelto y ¡tan contentos!

KÁLAMIS

En ese plano democrático creo que podremos entendernos.

BUFÓN PRIMERO

Lo demás, bien sencillo. Renunciarán los pretendientes a la mano de la Princesa; pero, en cambio, no se consumirán más trigos que los que venda el mercader.

BUFÓN SEGUNDO

Nombraremos al capitán, generalísimo.

El CAPITÁN, que había estado durante toda la escena viendo el momento en que le cortaban la cabeza, respira al ver el giro del enredo.

BUFÓN PRIMERO

Al poeta, académico. Y ya está.

KÁLAMIS

¿Qué opinan?

MERCADER

Desde luego. Para mí, la materialidad de casarme o no casarme es un romanticismo que no me preocupa lo más mínimo.

KÁLAMIS

¿Y el capitán?

CAPITÁN

Se sacrifica cuando la Patria lo requiere.

KÁLAMIS

Y el poeta...

TROVADOR

Mi puesto de académico, ¿es con sueldo?

BUFÓN PRIMERO

Con espléndido sueldo, ¿quién lo duda?

TROVADOR

Entonces, bien.

CAPITÁN

Creí que los poetas no vivían más que para el ensueño.

TROVADOR

Y así es, pero si nos dejan morir de hambre, ¡adiós ensueño y todo!

KÁLAMIS

¿Conformes, pues?

MERCADER

Así parece.

BUFÓN PRIMERO

En cuanto a los ministros, dejarán su puesto a otros nuevos, pero se les dará una renta generosa. No van a quedar en desamparo unos hombres inútiles.

KÁLAMIS

Pues bien, ¡no hay más que hablar! Se firma la abdicación y se nombra Rey a Pedro, el Libre.

EL REY

¿A quién?

MAESE ROQUE

A Pedrín.

PEDRÍN

Yo no quiero ser Rey; yo lo que quiero es casarme con la Princesa.

KÁLAMIS

¡Mira qué listo! El pueblo te ha hecho Rey, y ¡hay que aguantarse, amigo!

NODRIZA

¡Tú eres Rey y te callas!

PRINCESA

Palmoteando.

Sí, sí, sí.

MAESE ROQUE

Pedro es Príncipe, Majestad.

PRINCESA

¡Mira qué Príncipe de pronto!

HERÁLDICO

¡Quién había de decirlo!

ABOGADO

Esto es cosa de magia.

PEDRÍN

Y sí que lo es: el pájaro.

EL REY

¿De modo que ya puedo casar a mi hija con Pedrín sin que padezca mi dignidad?

BUFÓN SEGUNDO

Y quedando todo en la familia.

EL REY

¡Qué peso se me quita de encima! ¡Ven a mis brazos, Periquillo!

ABOGADO

¡Esto se acabó!

KÁLAMIS

¡Punto redondo!

BUFÓN PRIMERO

Interviniendo rápido y plantándose en medio de la escena.

¡Alto, señores!

BUFÓN SEGUNDO

Haciendo lo que su compañero.

¡Poco a poco! Esto no ha terminado todavía.

Avanzan los dos BUFONES hasta las candilejas, y sentados sobre la concha del apuntador o de cualquier manera análoga, se dirigen al público.

BUFÓN PRIMERO

Falta un requisito indispensable: el símbolo.

BUFÓN SEGUNDO

Aquí se ha cumplido lo que se llama un hecho histórico, y es preciso averiguar qué quiere decir esto.

BUFÓN PRIMERO

Hay varias opiniones: Unos dicen que la Princesa es la Nación.

PRINCESA

¿Que yo soy qué?

BUFÓN PRIMERO

A la PRINCESA.

Cállate, niña... que hay visita.

Al público.

¡Dispensen!... Unos dicen que la Princesa es la Nación, que abandonada por el Poder tiene que redimirla el pueblo.

BUFÓN SEGUNDO

Otros dicen que la Princesa es la Inocencia y Pedrín el Amor...

BUFÓN PRIMERO

Otros... lo que se les ocurre... No hagáis caso: en un país adelantado no puede haber fábulas con una

sola moraleja; y ésta tiene varias; por ejemplo: Que donde menos se piensa salta un Príncipe.

BUFÓN SEGUNDO

Que a las niñas casaderas no se las debe abandonar.

BUFÓN PRIMERO

Que los listos se ríen de los tontos y los tontos de los listos.

BUFÓN SEGUNDO

Que las amas de cría son más útiles de lo que a primera vista parece.

BUFÓN PRIMERO

Y que los pájaros encantados gobiernan la existencia más de lo que se figuran los incrédulos.

BUFÓN SEGUNDO

De este modo puede escoger cada cual la solución que más le plazca.

BUFÓN PRIMERO

Y pueden discutir y justificar su cargo en lo futuro los miembros de la Academia de la Historia.

BUFÓN SEGUNDO

Saludando.

Se terminó.

BUFÓN PRIMERO

Saludando también.

¡Muy buenas noches!

FIN DE LA OBRA

El compositor español José Luis Lloret escribió la SERENATA y la MARCHA DE LOS FAROLES, ejecutadas en el segundo acto, e instrumentó el resto de las ilustraciones musicales, tomadas del AL BIEN DE LA JUVENTUD, de Schumann.

Van a continuación los juicios de la Prensa que han llegado a mis manos.

Creo que incluyendo en esta colección, tanto los juicios favorables como los adversos, se da a ello un valor que trasciende de la pura ostentación más o menos vanidosa de los elogios y entra en la jurisdicción documental.

Nada mejor que la copia de las críticas mismas, íntegras, sin mutilaciones tendenciosas, para que el lector pueda apreciar, por sí, la amabilidad de los elogios y la justicia de los reparos.

Las gracias, a todos.

Pues señor, esta era una Princesa que se chupaba el dedo y que tenía la infantil y terca curiosidad de preguntar el por qué de todas las cosas.

Su padre, el Rey, de tradición tan constitucionalísima, que no decidía ni tomaba partido en ningún asunto por su propia cuenta, y que ahorraba siempre todo discurso, porque el discurrir lo más llano le producía una tremenda fatiga intelectual, vióse en el comprometido trance de casar a su hija, y más aún, en el de elegir entre tres pretendientes que aspiraban a la dote de la Princesa.

Eran tres los candidatos: un apuesto y fanfarrón capitán, un trovador y un mercader.

Sometido tan arduo asunto a la deliberación del Parlamento, ante él hubieron de hacer relación de sus méritos los propios interesados, atribuyéndose cada uno las más eficaces virtudes para merecer a la Princesa.

El Rey, ante el grave compromiso de solucionar por sí tan importante pleito, aceptó encantado la idea de que los aspirantes a la mano de la Princesa se conformasen con la libre elección de la gentil doncella. El que supiera ganar su voluntad sería su dueño, con gran contento del Monarca, que así habría resuelto una de sus más serias preocupaciones, de las pocas que inquietaban su ánimo, porque fiel mantenedor del régimen constitucional, el Rey se inhibía de todo, para poder jugar tranquilamente con su predilecto consejero su cotidiana partida de bolos.

Cada uno de los pretendientes hizo cerca de la Princesa, que seguía chupándose el dedo, sin ninguna acepción metafórica, el elogio de su persona.

El capitán habló de su espada victoriosa; el trovador, de madrigales, y el mercader, más práctico, hizo desfilar ante la Princesa, para deslumbrarla, a varios servidores con preciosos juguetes.

La Princesa palmoteaba de júbilo, y aunque seguía preguntando a todos, mientras seguía chupándose el dedo, para qué y por qué se casaba, y si podía casarse con los tres, porque los tres la interesaban, su corazón, sin sospecharlo, estaba muy cerca de Pedrín, de Pedrín, su compañero de juegos infantiles, a quien un secreto designio le hablaba de que podría ser príncipe, como en los lindos cuentos.

Y así sucedió, finalmente, que no hemos de relatar punto por punto la obra para no privarla de su encanto.

Y así sucedió, colmándose la alegría de la Princesita y de Pedrín, y con satisfacción de los desdeñados pretendientes,

ya que el capitán fué elegido árbitro de los ejércitos de mar y tierra de aquel reino; el poeta, académico, con espléndida asignación de dietas, y el mercader, abastecedor de trigo y de otras provisiones necesarias para resolver el problema de las subsistencias en aquel país.

El Rey, libre ya de toda inquietud, hasta de la corona, por haber abdicado en Pedrín, elegido por mandato del pueblo, tiende sus brazos a sus felices sucesores. Y *colorín, colorado*...

He aqui, sustancialmente, el cuento que Manolo Abril, joven escritor de gran valía, ha llevado al teatro con el título de *La princesa que se chupaba el dedo.*

Mezcla de cuento infantil, de poema burlesco y de sátira política de aguda observación es la obra, que revela un humorista exquisito, que burla burlando y con ingenua forma dice sutilmente hondas ironías sobre las cosas más trascendentales.

Ya el título interesó al público, y después, alzado el telón, la graciosa y original caricatura del Parlamento, la línea bufonesca de aquellas representaciones que componen el grotesco Senado, fué feliz presagio del éxito de la obra.

Era algo nuevo y sugestivo, presentado además con una alegría de color tan arbitraria como pintoresca.

Fué, pues, un éxito franco el de este cuento burlesco, escrito con ágil ingenio, y donde con aparente ingenuidad se disfrazan problemas latentes.

Manolo Abril, que de modo tan brillante esgrime sus primeras armas en el teatro, puede ufanarse del éxito obtenido por su Princesa, y hasta chuparse los dedos de gusto.

Catalina Bárcena halló un papel insuperable para darnos la más completa sensación de candor y de ingenuidad. Sólo una actriz de sus especiales condiciones puede ofrecernos, en un tipo como el de la protagonista del cuento de Abril, la más exacta personificación de lo que el autor ha pretendido. Estuvo sencillamente deliciosa.

La Quijada, Simó-Raso, Paco Hernández, Perico Sepúlveda, Manolo París, Gómez de la Vega, Aguirre, Ricardo de la Vega, Tordesillas, Collado, Hidalgo y cuantos intervinieron, cada uno en sus diversos matices, dieron gran realce a sus papeles. Los figurines y el decorado, de Fontanals, ayudaron mucho a dar de la obra la impresión que se pretendía, y como *La princesa que se chupaba el dedo* será vista por todo Madrid, no hemos de insistir en mayores consideraciones.—LUIS GABALDÓN.

(A B C.)

* * *

La novedad más interesante de la semana teatral en Madrid nos la ha ofrecido el estreno de un precioso cuento burlesco, que su autor, D. Manuel Abril, ha titulado *La princesa que se chupaba el dedo.*

El Sr. Abril, joven literato de grandes esperanzas, supo conquistar al público con ésta su primera producción, que promete obras de mayor trascendencia. *La princesa que se chupaba el dedo* es una obra para chicos y grandes, donosamente escrita, escenificada con habilidad, y al público le interesó desde sus comienzos, aplaudiéndola con verdadera complacencia, sobre todo en sus dos primeros actos. La Empresa de Eslava, por su parte, puso en escena la obra con lujo, suntuosidad y buen gusto.—JOSÉ JUAN CADENAS.

(A B C.)

* * *

La acogida entusiasta que dispensó anoche el selecto público de Eslava a la obra del joven escritor D. Manuel Abril fué para nosotros una gratísima sorpresa, que nos hizo pensar en lo conveniente que es para el arte teatral el que la dirección artística de los espectáculos esté encomendada a personas

idóneas, que pongan los ojos un poco más arriba de la taquilla de billetes.

El Sr. Martínez Sierra, cuya labor literaria podrá ser discutida y aun vivamente censurada por sus adversarios, ostenta en su ejecutoria de artista militante un timbre de honor que nadie puede regatearle sin manifiesta injusticia.

El director artístico de Eslava, en efecto, ha realizado una labor meritísima, cuya eficacia nos complacemos en reconocer, estimular y aplaudir. Merced a él, a su perseverancia, a su cultura, a su buen gusto, el público ha ensanchado las fronteras de su percepción estética y hase habituado a mirar con respeto las más diversas orientaciones del teatro, cuando éstas van avaladas con la buena voluntad de un esfuerzo artístico.

El cuento burlesco de D. Manuel Abril pertenece a un género algo distante del meridiano artístico de nuestras multitudes. Era una aventura peligrosa el estreno de obra tan rara y exquisita. Sin embargo, el teatro se llenó al conjuro de unos habilísimos sueltos de contaduría, publicados en la Prensa, y el público "entró" en la obra desde las primeras escenas.

*

Para juzgar una obra de factura nueva y exótica traza nada más conveniente y justo que tener en cuenta los propósitos que guiaron a su autor al crearla. Don Manuel Abril declara en su autocrítica que se siente atraído "hacia este género de arte, en donde todo puede tomarse—y tiene que tomarse—en broma y en serio al mismo tiempo, sin que acaso haya nada en él que pueda tomarse en serio o en broma aisladamente".

"Porque no se trata aquí—añade—de esa ironía que busca un disfraz exótico para disimular polichinelescamente lo que en el fondo es serio: se trata de algo que en el fondo es serio, y "en el fondo" también es broma. La vida entera en nuestro corazón humano es así."

En *La princesa que se chupaba el dedo* se ha cumplido

bella y armoniosamente el difícil empeño de "brincar, correr, pensar y reir con ligereza", que el autor se propuso como norma de su arte. Agil, desenfadada y graciosamente, en este cuento burlesco de D. Manuel Abril se hace una completa parodia del mundo y de los hombres, con una expresión tan pura, natural y afortunada, que los arbitrarios muñecos de la farsa tienen más consistencia humana a nuestros ojos que los personajes de mayor complicación psicológica que nos ofrece la moderna comedia. El ritmo de eternidad que hay en el fondo de las almas aparece más perceptible cuando esas almas se despojan, en un plano de concepción fantástica, de todos los ruidos exteriores que forman el concierto aturdido de la vida. Entonces, sus más íntimos resortes se nos aparecen tan sencillos e ingenuos como en la realidad son. Diríase que el autor de *La princesa que se chupaba el dedo* ha querido ante todo librar a sus personajes de las apariencias engañosas que deforman su sér, para presentar desnudos y luminosos los más recónditos rincones de las almas, donde se albergan, como un tesoro, cosas muy pequeñas y algo absurdas, que, en realidad, son todo el acicate de nuestra vida.

Así se explica que en el fondo de esta obra de encanto hallemos un sedimento de desencanto de parecido linaje al asombro de un niño que ha destripado a sus muñecos predilectos llevado de un afán investigador y no ha encontrado otra cosa que unos alambres rotos en las entrañas de cartón.

Don Manuel Abril, hombre delicado, de amplia cultura, burla burlando, entre donaires finísimos lanzados al vuelo de una pirueta arlequinesca, hase dejado llevar de su espíritu crítico y nos ha dado gentilmente un concepto de las cosas más graves y diversas que han agitado siempre a la humanidad.

En *La princesa que se chupaba el dedo* todo se dice en burla, y en burla acontece todo; muñecos exclusivamente literarios en su abolengo son los personajes; absurdo, infantil

y dislocado es aquel concierto de seres y actos; mas detrás del artista que mueve aquel *guignol* regocijante hay un poeta que vive en su siglo y medita, envenenado de amargo esceptimismo. Si los muñecos no lloran es para que las mejillas de bermellón no se despinten con las lágrimas.

*

El éxito de la obra fué clamoroso y definitivo. El público llamó al autor al proscenio al final de todos los actos.

*

La presentación e interpretación de la obra merecen una extensa crónica. Apremios de tiempo y espacio nos impiden, sin embargo, otra cosa que no sea consignar nuestro más fervoroso elogio.

Las decoraciones y los trajes, verdaderamente espléndidos, delatan un gusto depurado y una mimosa prolijidad en el menester.

Catalina Bárcena hizo una maravillosa Princesa de cuento azul. Ingenua, graciosa, encantadora, la admirable actriz culminó en plena apoteosis de su talento. Pedro Sepúlveda, Simó-Raso, Hernández, Gómez de la Vega, Collado y Aguirre muy acertados.—MARÍN ALCALDE.

(La Acción.)

* * *

Manuel Abril, espíritu fino y distinguido literato, ya conocido por su tomo de poesías *Hacia la luz lejana*, una interesante conferencia sobre *Parsifal* y un reciente libro sobre *Felipe Trigo* (acaso demasiado libro para tan poco novelista), ha estrenado anoche su primera producción teatral *La princesa que se chupaba el dedo*.

El suelto de Contaduría nos prevenía amablemente de que

la obra era "satírica, burlesca, graciosamente arbitraria, original en asunto y procedimiento", que "trataba en burlas (que es tal vez la manera más seria de tratarlos) muchos temas de honda trascendencia"; y, por último, que "el autor que llamaba a las puertas del teatro no tenía para nada en cuenta los viejos moldes fáciles".

No menoscabemos las ilusiones del Sr. Abril; dejémosle entregado a "ese género de arte, donde todo puede tomarse en serio y en broma al mismo tiempo", y que tanto le atrae, según nos confiesa en su autocrítica. Contentémonos con insinuar que el nuevo molde no es tampoco muy difícil, y que ese castellano está al alcance de muchas fortunas literarias.

Lo sensible en estas tentativas abortadas es que la endeblez de la obra parece acusarse en detrimento del género, y que lo que, en realidad, es fracaso del autor, puede creerse deficiencia escénica del teatro de inauguración.

Lo que sí puede alabarse, sin restricciones, es la admirable presentación conseguida por el Sr. Martínez Sierra, aconsejado, sin duda, por el Sr. Abril, que tiene bien probadas su competencia y buen gusto en materia de escenografía.

Las tres decoraciones, pintadas por el Sr. Mignoni, sobre bocetos del Sr. Fontanals, e inspiradas en las acuarelas de ese gran artista que es Kay Nielsen, simplemente deliciosas en su refinada ingenuidad decorativa. El vestuario, en perfecta armonía con el decorado, y la ordenación escénica, irreprochable, mereciendo especial mención el cortejo del segundo acto, que causó el mejor efecto. Muy acertada la elección de unas melodías de Schumann, que vinieron a subrayar oportunamente algunos pasajes.

La Sra. Bárcena, admirable, como era de esperar en su papel de especialidad, como sabemos, de la casa. Puede decirse, sin hipérbole en este caso, que ella es toda la obra. Los demás artistas la secundaron excelentemente.

El público, bien intencionado, que llenaba la sala, prefirió

ver que oir, y agradablemente entretenido con la deliciosa *mise en scène* y con la figurita, más deliciosa aún, de la señora Bárcena, aplaudió con bastante calor el primer acto, más fríamente el segundo y con cierta glaciedad el tercero, haciendo salir, al final de cada uno de ellos, al Sr. Abril.—J. SERRÁN.

(La Correspondencia de España.)

* * *

Una Princesa tonta hasta chuparse el dedo y ocurrírsele casar con tres hombres a la par. Un Rey, tonto también, y cuya política consiste en rehuir cualquier molestia Un capitán, un poeta y un mercader que se disputan la mano de la Princesa, y un hijo del pueblo, Pedrín, que es quien al fin se alza con la mano de la Princesita y con la corona.

¿Hace falta especificar que el capitán enamora con fanfarronadas, el poeta con versos, el mercader con dádivas y Pedrín con amor?

¿Es preciso escribir que los "ministros" del Rey son ineptos e interesados?

¿Se necesita poner en claro que los doctores y sabios del reino ideal donde la Princesa se chupa el dedo, son ignorantes y pedantes, o que los bufones rebosan ingenio y representan el sentido común?

Yo creo que no. Y por lo apuntado podrán los lectores formar idea del "cuerpo" de la obra estrenada ayer en Eslava.

Acerca del espíritu, he aquí lo que afirma el propio autor:

"Por eso me siento atraído hacia este género de arte, en donde todo puede tomarse—y tiene que tomarse—en broma y en serio al mismo tiempo, sin que acaso haya nada en él que pueda tomarse en serio o en broma aisladamente.

Porque no se trata aquí de esa ironía que busca un disfraz exótico para disimular polichinelescamente lo que en el fondo

es serio; se trata de algo que en el fondo es serio, y "en el fondo„ también es broma. La vida entera en nuestro corazón humano es así.

.....

Me contentaría—y me enorgullecería—con que mi obra fuera un juego nada más, no en el sentido trascendental del "arte-juego„, sino simplemente en el de brincar, correr, pensar y reir con ligereza, siempre—eso sí—procurando mantener el decoro artístico de la pretensión.„

Se trata, pues, de una producción satírico-burlesca, arbitraria, escrita sin *ubi* y sin *quando*, es decir, fuera de todo tiempo y espacio definidos. En su estructura distínguense, sujetándola a análisis, elementos de la comedia italiana, de los cuentos infantiles y de la libre fantasía, juntos con reminiscencias de *Los intereses creados* y de *La ciudad alegre y confiada*.

En el asunto, francamente, no encontramos originalidad en el modo de verlo y desarrollarlo, si hay el matiz de la adunación de las bromas y las veras, o mejor del indeciso revolotear de ésta a aquéllas y al contrario.

Echo de menos fantasía, arbitrariedad más caprichosa y sorprendente, humorismo más sutil y estrepitoso, algo de dislocamiento, en una palabra: solidez. Los caracteres, bien dibujados, son de colores desvanecidos, especialmente el de la Princesa y el de Pedrín. ¡Ah!, Pedrín pudo representar al "sentimiento„, ya que el trovador se quiso que significase la "retórica„. Y créanos el Sr. Abril: un poco de "alma„, un tantín de emotividad, hubiese dado a su comedieta gran prestigio por el contraste y la inquietud...

El primer acto está más felizmente acabado que los restantes. De estilo e idioma, los tres son decorosos.

En otro orden, para nosotros capitalísimo, hemos de anotar y lamentar dos irreverencias, completamente reprobables e inútiles artísticamente.

Capítulo aparte merece la "presentación" de *La princesa que se chupaba el dedo*. El Sr. Fontanals ha abocetado tres lindísimas y singulares decoraciones. Del propio artista son los figurines de los trajes. Estos no pertenecen a ninguna época, y su gracia estriba, precisamente, en su refinada arbitrariedad.

Los muebles, pocos y sencillos, igualmente son fantásticos y del mejor gusto. Los efectos de luz, en el desfile del segundo acto, exquisitamente deliciosos.

Catalina Bárcena, encantadora en la figura de la Princesa, habiendo "hecho" el personaje aún más que el autor. La caracterización, un primor. Los Sres. Simó-Raso, Hernández, G. de la Vega, R. de la Vega, París, Collado y Aguirre, merecen ser citados entre los restantes intérpretes.

El público aplaudió al final de las tres jornadas.—RAFAEL ROTLLÁN.

(El Debate.)

* * *

¿Quién no se ha chupado el dedo alguna vez en esta vida?...

A propósito de esta pregunta, que dirijo a todos mis lectores, viene a mi memoria un sustancioso cuento que yo recogí en la misma boca de mi abuelo, cuando ya sus guedejas eran como la nieve y sus labios, un poco cárdenos, temblaban como gelatina. Veréis:

En una gran ciudad vivía un usurero que se iba enriqueciendo a costa del empobrecimiento de sus paisanos... Tenía fama de ser un gran psicólogo, que sabía, como nadie, auscultar los espíritus, pues jamás ponía su dinero en manos que no se lo devolvieran con crecidos intereses.

Un día un político de los más astutos de la ciudad tuvo necesidad del auxilio del usurero y se dirigió a él:

—Me precisan 1.000 pesetas—le dijo—. ¿Qué exiges para prestármelas?...

—Lo primero—repuso el usurero—, adquirir el convencimiento de que me las vas a pagar.

—Es que yo te firmaré documentos—aseguró el político.

—¡Bah!—despreció el avaro—Los documentos no sirven nada más que para dar de comer a la justicia... No; no estoy por eso.

Y dicho esto abrió su caja de caudales y comenzó a contar muy lentamente los 4.000 reales... Cuando hubo terminado levantó la cabeza y se quedó mirando muy fijamente a través de sus gafas oxidadas al político... Después le preguntó:

—Oye, díme: ¿tú no te has chupado el dedo nunca?...

El político creyó que aquello era una ofensa, y lo rechazó enérgicamente.

—¿Yo chuparme el dedo?... ¡Jamás!

—Recuérdalo bien—insistió el usurero tranquilamente.

—¡Jamás, te repito!...

—Perfectamente—exclamó el usurero, al mismo tiempo que barría el dinero hacia su caja—. Pues puedes marcharte sin las 1.000 pesetas, pues no seré yo el que las ponga en tus manos...

—¿Por qué ese cambio?—inquirió el político sorprendido.

—Pues mira, muy sencillamente: porque con la misma tranquilidad que acabas de negarme que tú te has chupado el dedo serías capaz de negarme mis cuartos, y... el negocio no me conviene.

Pues bien; esto mismo, indudablemente, ha pensado el interesante poeta D. Manuel Abril:

—¿Quién no se ha chupado el dedo en esta vida?—Y volviendo su espíritu a los años infantiles, se ha rodeado de muñecos; se ha puesto a jugar con ellos, y del juego ha resultado una farsa infantil que se titula *La princesa que se chupaba el dedo.*

Nuestras almas siempre están bien predispuestas para recibir con regocijo cualquier aroma infantil, tanto porque dentro de ellas vemos de continuo "el niño que se chupaba el dedo", como porque, sin darnos cuenta, estamos convencidos de que al fin y al cabo la vida toda ella y en cada una de sus etapas es un juego: en su comienzo, un juego ingenuo y de aprendizaje; después, cuando incurrimos en la ridiculez de ser respetables y de "tener experiencia", el juego ya cambia, ya es más serio; a veces ganamos durante él la muerte...

Vida y Muerte, siendo lo contrario, es una misma cosa, que bien puede ser también un entretenimiento: un juego de la Naturaleza. Ella romperá en sonoras carcajadas al ver que tomamos en serio lo que después de todo es un juguete, sí; eso es la vida. Un bonito juguete que apretujamos con loco afán entre nuestros brazos; a veces nos cansamos de jugar y con un gesto de desdén lo arrojamos al suelo y al verlo a nuestros pies hecho añicos lloramos desconsoladamente. Y la Naturaleza entre tanto ríe... y ríe siempre, como si nosotros fuéramos los muñecos de su teatro...

Don Manuel Abril nos ha contado anoche, desde el escenario de Eslava, un divino cuento burlesco y... nos ha entretenido de igual manera que en nuestra niñez nos entretenían nuestras buenas "chachas"... Nos ha proporcionado el sano regocijo de jugar durante un rato con la Princesita de nuestros sueños infantiles... Porque, díme, dorada y divina Princesita: ¿quién no ha soñado con tus trenzas de oro, tus manos de alabastro, tus ojos azules, tu voz de cristal y tu inquietud de pájaro?... ¿Quién no?... Yo, por lo menos, te conozco... Te he deseado muchas veces; te he visto infinitas noches pasear por los perfumados jardines de mi ensueño y, cuando estremecido alargaba la mano para cogerte, volabas como una paloma blanca. ¡Qué rabia, Princesita de las trenzas de oro!...

Sin embargo, el admirable trovador Manolo Abril ha con-

seguido aprisionarte con su pluma, y anoche te hemos visto con todo tu candor, toda tu luz, toda tu belleza peregrina, toda tu adorable inconsciencia... Ante ti nos olvidamos de que éramos hombres casi respetables, y volvimos a sentirnos niños... y fuimos asaltados por el indomable deseo de sentarnos sobre el suelo a tu lado, jugar con tus muñecas y "hacer comiditas"... ¿Te acuerdas?...

Todo lo dicho es el mejor elogio que se puede hacer de la obra del Sr. Abril.

No deteniéndonos a examinar la sátira, que es algo pueril, poco aguda, y que, en definitiva, resulta un aliño que le sobra a la comedia, hemos de reconocer sinceramente que *La princesa que se chupaba el dedo* es un perfecto cuento de niños teatralizado, muy a propósito para que constituya el aguinaldo de Eslava en las próximas Navidades. Para mi gusto el mejor acto es el segundo, y el más endeble el último.

El éxito corresponde, en gran parte, a la presentación, hecha con toda propiedad y detalle. Cada acto es un cuadro ingenuo, muy en armonía con el espíritu de la farsa .. Las ilustraciones artísticas del cuento—o sea el maravilloso decorado, tan justo de motivo, de paisaje y de color—han sido hechas por el admirable artista Sr. Mignoni, que anoche, en justicia, debió salir de la mano del Sr. Abril a compartir los aplausos... del auditorio complacido.

La Sra. Bárcena, extraordinariamente bien... Difícil será encontrar una artista española o extranjera que en este papel supere la creación hecha por la primera actriz de Eslava... Y es que la Sra Bárcena es... eso...: la ingenua, la candorosa, la actriz que se chupa el dedo... ¿Está claro?... Pues bien, anoche se lo chupó a sus anchas y... ¡muy bien!...—JOSÉ MARÍA CARRETERO.

(El Día.)

* * *

Sería absolutamente injusto no aplaudir con calor y sin reservas la fiesta de arte que anoche presenciamos en Eslava; el Sr. Martínez Sierra ha demostrado una vez más su buen gusto, su eclecticismo artístico, prueba evidente de él, y su esplendidez cuando de empeños artísticos se trata.

La comedia burlesca, de Manuel Abril, *La princesa que se chupaba el dedo* no hubiese encontrado fácil acogida en otro teatro, y en Eslava, en cambio, encontró todo el entusiasmo y todo el cariño, que en Empresas de arte es aún mejor, no sólo del Sr. Martínez Sierra, sino de todos los artistas que habían de interpretar la comedia, entre los cuales hay que contar al músico que hizo las ilustraciones musicales y al pintor que trazó los figurines, suficientemente explicativos y muy diestramente combinados en tonos y formas, y las decoraciones perfectamente ajustadas al espíritu de la obra.

Para que así ocurriera tenía el ambiente de Eslava la preparación necesaria; más de una vez, desde que el Sr. Martínez Sierra empezó su labor en aquel escenario, he elogiado esa labor, que abría al teatro castellano contemporáneo muy amplios horizontes, precisamente en el momento en que el espíritu de imitación, signo evidente de la inferioridad de nuestros empresarios, parecía cerrar a los dramaturgos todo camino que no fuese el de la comedia de enredo, *plagada* de retruécanos.

Fruto de esa campaña del Sr. Martínez Sierra es la obra de Manuel Abril, que anoche aplaudió en Eslava el público de buen gusto, y que sin ella o no hubiese llegado a germinar en la mente del poeta, o no hubiese pasado del grado de "comedia para leer„ que no es precisamente el que a una obra del género dramático corresponde.

Una u otra cosa hubiesen sido igualmente lamentables, porque la comedia de Manuel Abril merece la vida escénica que ayer logró, y con ella llega más al público, realmente necesitado de soplos de juvenil frescura un poco audaces, como

La princesa que se chupaba el dedo, no obstante su aparente infantilismo.

Cierto que el Sr. Abril pudo perfectamente ahondar en la crítica y aguzar la sátira, y dar así una mayor intensidad a su obra; pero tal como ésta es, sin mayores agudezas ni profundidades, ya nos dice bastante de la ridiculez de nuestra vida "seria", que es la más grotesca de nuestras vidas, y de la fuerza del amor, motor del mundo. ¡Cuántas obras que alardean de profundas e intensas no enseñan tanto, ni mucho menos!

La princesa que se chupaba el dedo lo enseña, además, burla burlando, con figuras gráciles, de un policromismo muy subjetivo, tras de las cuales podemos imaginar sin esfuerzo otras monocromas y sombrías, que nos sería menos grato ver, y que pueden, no obstante, impresionar nuestro espíritu, y con figuras que hablan bien en castellano limpio y sonoro, que ni necesita encanallarse, por estar demasiado en la vida real, ni puede sublimarse excesivamente en preciosísimos estilistas, porque para algo la obra es infantil.

Manuel Abril, pues, ha entrado en el teatro triunfando, y si su obra no es aún (porque hacen falta muchas compañías como la de Martínez Sierra) "de público", es ya de público de buen gusto, con lo que bien puede ser ya obra de taquilla.

La interpretación, en el más amplio sentido de la palabra, fué excelentísima. Todos los artistas que han colaborado en ella han sentido el encanto de la obra del poeta y han sido dignos de interpretarla: Catalina Bárcena en primer término, con su admirable ingenuidad, tan apropiada para el papel que interpretaba, y con ella todos los demás, sin distinción ni rangos.

Para todos, pues, es hoy justo el más caluroso y sincero aplauso.—ALEJANDRO MIQUIS.

(Diario Universal.)

* * *

La princesa que se chupaba el dedo es un cuento para niños grandes; una obra de *Guignol*, en que las marionetas son actores de veras, y el público es un público formal. La fantasía, como es una loca, se vuelve niña a sus horas, y entonces sabe ver las cosas serias en una perspectiva burlesca: vestir de bufón, de polichinela, de arlequín o de Princesita de cuento de hadas, a un grave concepto, a una *entidad*, a una pasión y hasta a un problema. El cuento escénico de D. Manuel Abril es una invitación a la fantasía para que se entretenga en esa que es la más prudente de las locuras: en remozarse y en aniñarse unos instantes.

Conocíamos del Sr. Abril algunas bellas poesías, y un libro hábil y entretenido acerca de Felipe Trigo; pero no sabíamos que tuviera la habilidad de autor dramático que revelan los dos primeros actos de *La princesa que se chupaba el dedo*. Es en esos actos la comedia una obra ligera, alada, de ritmo ágil, de movimiento fácil, escrita con mucho ingenio, *movida* con sagacidad y gracia, del corte de *El príncipe que todo lo aprendió en los libros*, de Benavente, pero menos infantil. Esta es Princesa, y las mujeres son más precoces, hasta cuando son tontas. Como los personajes del *Guignol* son atrevidos e insolentes, no debemos extrañarnos de que los de esta comedia fantástica, que es, como decía al principio, *Guignol* para grandes, sean alguna vez irreverentes con cosas que veneran los hombres. Les sirven de excusa, en primer término, el ingenio con que hablan, y en segundo lugar, la irrealidad de este cuento escénico. En los cuentos hay mucha más libertad que en las historias y en los comentarios graves. Hablando en broma, nos cuidamos, más que de la razón, de la gracia del discurso.

El tercer acto decae. Si eso les pasa a los autores maduros, ¿cómo nos ha de chocar que le ocurra a un principiante? Además, como creo haber dicho alguna vez, hasta en la realidad los últimos actos son los más difíciles, y casi siempre los peo-

res. Los primeros son porvenir, proyectos, esperanzas. Los desenlaces son fines, y suelen quedar por debajo de las promesas y dejarnos algo defraudados. Así ocurre con el de la Princesita, aunque es el más propio de un cuento de hadas, puesto que se casa, si no con un pastor precisamente, con un muchacho humilde, del pueblo, que ha sido el compañero de sus juegos infantiles. Pero como este cuento maravilloso es un cuento moderno, eso sucede gracias a un talismán y... a una revolución. Talismanes del día, a veces tan embusteros como los otros.

Ha dicho el autor, muy discretamente, en la acostumbrada autocrítica de *La Tribuna*, que esta obra es un juego; un juego, en efecto, de la imaginación y del ingenio. No es un tipo de teatro normal, sino extravagante, caprichoso, en plena escapatoria por el mundo arbitrario de la ficción, aunque llevando a él el recuerdo del mundo de las realidades consistentes y espesas. Obras así tienen que ser una excepción en la dramática, que de ordinario se aplica a reproducir el espectáculo de la vida en sus grandes y raros momentos patéticos, y en sus gestos cómicos de todos los días. Yo creo que el teatro irreal es más fácil y más peligroso que el otro, aunque parezca contradictorio. Lo que no es fácil es escribir dos actos que recuerden sin desdoro el estilo de Benavente, por la ligereza y el ingenio, y eso lo ha hecho el Sr. Abril.

*

La presentación es muy artística y apropiada al asunto. Los caprichosos trajes de los personajes burlescos tienen arte y hasta intención. Las dos primeras decoraciones, de teatro de muñecos, son preciosas. Hay en este aspecto de la escenificación perfiles delicados, de excelente gusto, que honran a la dirección artística y a sus colaboradores, el escenógrafo y el autor de los cartones de los trajes.

La interpretación fué excelente. Catalina Bárcena, vestida

maravillosamente, es una Princesita ideal. Borda la graciosa simpleza de la Infantita del cuento con un encanto que está en todo: en la gracia de los gestos, en la manera de decir, en la voz de plata, en la seducción de la figura, que parece de adolescente. Los demás papeles femeninos son secundarios. Entre los hombres sobresalen Sepúlveda, muy gracioso; Simó-Raso, Hernández, Gómez de la Vega, Ricardo de la Vega y París.

La obra fué aplaudida al final de todos los actos, aunque menos al acabar el último, y el autor conoció la emoción de las llamadas a escena.—ANDRENIO.

(La Época.)

* * *

Si la comedia estrenada anoche, en vez de llevar la firma de un autor novel hubiese ostentado en los carteles el nombre de algún autor santificado como infalible e indiscutible por unos cuantos señores, habría habido manifestación con antorchas en el Pasadizo de San Ginés al acabar la representación, y durante ella la gente no habría dejado de decir cada vez que un personaje abriese la boca: "¡Qué portento! ¡Qué asombro! ¿Ha visto usted qué frase? ¿Usted ve la hondura que hay debajo de esas "buenas tardes„ que acaba de decir aquel actor? ¡Qué sátira! ¡Qué demolición! ¡Qué revolución!„

Porque aquí vivimos así, de prejuicios y de convencionalismos. Alguna parte del público, que consideraba un tanto infantil o un demasiado atrevida tal o cual parte de la deliciosa comedia que veíamos representar, se habría vuelto loca de entusiasmo, encontrando significados y simbolismos hasta donde no los hubiese, si la obra hubiese llevado otra firma.

Pero por esto mismo es doblemente grande y doblemente halagador para Manuel Abril el éxito rotundo, claro, innegable y merecidísimo que alcanzó su comedia, tan donosamente titulada y con tan artístico desenfado escrita. Manuel Abril,

poeta y crítico de arte, tenía su espíritu y su gusto admirablemente preparado para hacer una obra bella. Así lo es, llena de originalidad y de gracia, *La princesa que se chupaba el dedo*. Pero también es algo más, ya que en ella, burla burlando, van sucesivamente recibiendo sus golpes hasta los conceptos más altos y las cosas tenidas por intangibles en esta sociedad que nos vemos obligados a vivir. Desde el Espíritu Santo, con quien nadie se había atrevido después de la frase de Posada Herrera en el Vaticano, hasta todo lo demás que se suele llamar instituciones, no hay idea política o social que no reciba una lanzada que le asesta un ingenio vigoroso y juvenil. Y todo ello en un tono ligero, amable, ingenuo, de juego de niños, que hace más poderosa y más eficaz la sátira que si viniera envuelta en discursos campanudos y difíciles de soportar.

El ambiente fantástico y los personajes arbitrarios, en que las reminiscencias de la comedia italiana se juntan con la idea de una narración infantil, y la pura creación imaginativa del autor, hallaron plasticidad adecuada y perfecta en el escenario de Eslava con el primor del decorado y del atavío de los personajes. Catalina Bárcena, llena de donaire en la encantadora bobería de la Princesita y primorosa en la figura. Perico Sepúlveda, magnífico en el tipo del Rey, cuya sola presentación es un gran acierto. París muy bien en el papel de Pedrín, al que dió toda la noble ingenuidad requerida. Ricardo de la Vega estupendo en la composición del personaje. Simó-Raso, Hernández, G. de la Vega, perfectos en el mercader, el capitán y el trovador. Excelentes Aguirre y Collado en los bufones, ágiles y sutiles como duendecillos de leyenda. Y, en fin, cuantas y cuantos tomaron parte en la interpretación de la obra, que se veía ensayada y puesta con todo esmero y primor.—PEDRO DE RÉPIDE.

(España Nueva.)

* * *

La princesa que se chupaba el dedo es, ante todo, un regalo para los ojos. Su autor, D. Manuel Abril, ha estudiado las novedades introducidas en la representación escénica durante los últimos años en una serie de artículos, publicada en una revista de Madrid en 1915, y ha buscado la posible adaptación de algunas a nuestra decaída escena. Viendo, hace poco, en la Princesa, nuestro teatro aristocrático, la presentación naturalista de la obra que actualmente se pone allí, advertíamos que todos aquellos detalles lujosos de mobiliario y decoración, al acumularse, perdían; eran, al parecer, menos ricos de lo que son en realidad. Es un absurdo que actores con cara pintada y barbas postizas, por bien caracterizados que estén, reserven para el accesorio la realidad que ellos empiezan por no darnos. La luz de la batería lo transforma todo; el público sabe que está en el "teatro". Si exige las cosas como en la vida, que no vaya, porque siempre sufrirá decepción. Si hay papanatas que gozan al saber que el sillón en que muere el protagonista es un auténtico sillón del siglo XVII, recuerdan, en cuanto a propiedad escénica, el cuentecillo que se atribuye a Julián Romea. Fué un aficionado a pedir a un noble señor una rica armadura de sus antepasados para sacarla en cierta obra que iba a representar con otros amigos; llegó la noche de la representación, y el prócer, atento en su palco, no veía aparecer la armadura. Acabó la obra, se fué a su casa, no sin cierta inquietud, y a la mañana siguiente recibió la visita del aficionado que iba a devolverle la armadura y a darle gracias. —No hay de qué—dijo el noble—, pero, o yo me distraje, o esta armadura para nada figuró en la obra.—¿Cómo?—exclamó el aficionado—¿No oyó una voz que entre bastidores decía "¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!"? Pues aquél era yo. En los teatros de "muebles ricos" tenemos siempre la sensación de que hay entre bastidores un sujeto vestido con una auténtica armadura de Milán, pronto a dar el grito de "¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!"

Ya que va de cuento, recordemos otro de Marcel Schwob, muy instructivo. Cuando se representó en París la traducción de una obra de John Ford, *Tis pity she's a whore*, hecha por Maeterlinck con el título de *Annabella*, en el teatro de *l'Œuvre*, se pensó que, en el momento de aparecer Giovanni, en el último acto trayendo atravesado en su puñal el corazón de Annabella, sacara un corazón de carnero, para hacer más viva la sensación. Pero aquella piltrafa sangrienta, desde el teatro, no se veía: todo, menos un corazón, podía ser. Y sólo se tuvo la emoción verdadera cuando Giovanni sacó clavado en su puñal un corazón de trapo rojo, con su punta y su escotadura, un corazón de baraja.

Hoy, los principios a que se ajusta la realidad escénica son los que más la alejen de la realidad ordinaria, los que más la aproximen a la evidencia artística. Se compone la decoración, el accesorio y el personaje, con arreglo a un principio de armonía, como un cuadro, mas teniendo presentes las exigencias propias del teatro que deja de ser espejo de la realidad para volverse lienzo de la fantasía.

En la obra del Sr. Abril tenemos, por de pronto, todo esto: sobre unas decoraciones de estilizada belleza, los vivos colores de los trajes resaltan como en una ilustración de libro infantil. Detalles muy graciosos de indumentaria caracterizan a los diversos personajes desde el primer momento Al imaginarlos, el autor ha dado pruebas de muy agudo ingenio. Muchas escenas de conjunto alcanzan visualidad perfecta.

El cuento en sí, como obra literaria, está expuesto con viveza, desarrollado con habilidad, pero desenlazado un poco precipitadamente. El acierto del diálogo y de la frase es continuo. Tenemos aquí un cuento de niños enlazado con una comedia satírica. El Rey y sus grotescos consejeros y portavoces, los representantes de las fuerzas vivas, de los partidos políticos y de las instituciones venerandas tienen una intención que no logra todo su alcance. En general, cuando lo que

predomina es el cuento, la farsa se desarrolla con grata fluidez, llena de animación, espiritual y no exenta de ternura; cuando el intento satírico se sobrepone, entra la confusión. Aquel final con revolución y tribuno, que lleva al trono a Pedro el Libre y a la Princesa que se chupaba el dedo nos deja un poco suspensos, como a los niños que, cuando el cuento se acaba, sienten la satisfacción de ver dichosos a la Princesa y al caballero, pero preguntan qué fué del dragón, o de la bruja, o del moro, si no le dicen que los mataron.

La falta de cohesión y, por lo tanto, de evidencia que en la farsa del Sr. Abril se advierte, dimana, a nuestro entender, de un escrúpulo que le hace abreviar, omitir, para que la obra no se alargue (1). Los dos primeros actos, muy breves, tienen perfecta vida escénica; no diremos otro tanto del último en que ocurren demasiadas cosas que no logran explicación. Los tipos están todos bien vistos, sin exceptuar uno. El Rey es una verdadera delicia. La Princesa que se chupa el dedo "con metáfora y sin metáfora„ un encanto. El capitán que pretende su mano en competencia con el mercader y el poeta, muy afortunado, como el primer contrincante suyo. No así el poeta, más convencional y en los rasgos caricaturescos poco escogido y harto recargado. El Sr. Abril, en este su primer ensayo, nos da la medida de lo que puede hacer y la promesa de hacerlo.

La compañía de Eslava da a la obra del Sr. Abril una cabal interpretación. Sobresalen la Sra. Bárcena, a cuyas mejores cualidades se ajusta el tipo de la Princesa con toda plenitud, y el Sr. Sepúlveda, inestimable monarca grotesco. El señor Simó-Raso presta autoridad al personaje del mercader. No así

(1) La sagacidad del crítico le ha hecho adivino: en el presente ejemplar van incluídas unas escenas y algunas frases que, a mi juicio, preparan y aclaran no poco los acontecimientos del tercer acto, y que fueron suprimidas en la representación por consideraciones de brevedad.—*M. A.*

el Sr. París al de Pedro; es este actor sobremanera afectado y deficiente.—CRITILO.

(Semanario *España.*)

* * *

Con buen éxito se estrenó anoche el cuento burlesco en tres actos, original de D. Manuel Abril y titulado *La princesa que se chupaba el dedo.*

Viene esta obrita muy oportunamente para el recreo de los niños en la época de Pascuas.

Eligiendo las figuras clásicas del bazar de la comedieta italiana y de las narraciones infantiles, el autor ha compuesto una especie de *gran guiñol* en el que campean la fantasía y el humorismo propios de este difícil género literario.

Pulcritud y buen gusto en la fábula, espontaneidad en el diálogo ingenioso sin retorcimientos ni equívocos y con alguno que otro toque satírico sin acritud, constituyen las características del cuento imaginado por el Sr. Abril con la posible novedad en la variante dentro de la fórmula tradicional.

Lo intrínsecamente necesario, esto es, la ingenuidad, la amenidad y la infantilidad, lo tiene bien colmado *La princesa que se chupaba el dedo*, y aun este título, de familiar realismo, está, en este caso, en su punto.

A la interpretación, en general, no le puede oponer reparos el más exigente. Sobresalen, con excepcional acierto, Catalina Bárcena, en primer lugar, lindísima princesita de ensueño, y entre ellos Pedro Sepúlveda, en el Rey, insuperable de naturalidad, de caracterización y de vis cómica, sobria e intensa.

Luego completan excelentemente los primeros términos, la Sra. Quijada y los Sres. Simó-Raso, Hernández, De la Vega (G. y R.), París, Aguirre y Collado.

La Empresa ha servido la obra, en decoraciones y trajes, con artística esplendidez, y el autor y sus intérpretes fueron

aplaudidos y llamados a escena al final de los tres breves y entretenidos actos.—JOSÉ DE LASERNA.

(El Imparcial.)

* * *

UN CUENTO DE ABRIL

Yo vi *La princesa que se chupa el dedo*,
tranquila comedia de infantil enredo...
de enredo infantil,
que Abril nos compuso
al ingenuo uso
de los cuentos mil,
y que es, por lo tanto, *un cuento de Abril*...

*

¡Y qué lindo cuento!... Cartones y gasas
decoran la escena; y hay, de trapo, casas...
hay casas de trapo,
y vivos faroles
(en la noche, soles),
y un jardín muy guapo,
y lindas figuras que se mueven lindas
bajo árboles cónicos con festón de guindas...

*

Catalina Bárcena, preciosa princesa,
la punta del dedo se chupa y se besa...
¡Princesa preciosa,
que lleva sin miedo
su yema del dedo
(que es botón de rosa)
a la rosa hermana
que forman, abiertos, sus labios de grana!...

*

Pues ¿y el Rey?... ¡Divino!... Recuerda en su acierto
la eterna figura del Rey Dagoberto...
¡Dagoberto Rey,
que nunca está triste,
y al revés se viste,
pues juega a los bolos en tanto su grey
sufre agudos males sin pan y sin ley!...

*

Ministros, soldados, Corte, Parlamento,
todo está tratado con gracia en el cuento...
¡Un cuento con gracia!
¿Dónde habrá un ariete
peor que un juguete
de ingenua falacia?...
¿Dónde habrá un soberbio, dónde un poderoso
que resista a un cuento si el cuento es gracioso?...

*

¡Qué linda comedia! ¡Yo el teatro adoro
cuando en él me río, más que cuando lloro!...
Pero en risa sana,
de noble alegría
y amable ironía,
no la chabacana
risa del *currinche* que enhebra funciones
con hebras de idioma en tirabuzones...

*

Yo vi *La princesa que se chupa el dedo*;
infantil enredo;
enredo infantil,
apacible y quedo,
tranquilo y sutil
de un cuento de Abril...

LUIS DE TAPIA.

(El Imparcial.)

* * *

El Sr. D. Manuel Abril (el bien nombrado) pertenece, en efecto, a lo más florido de nuestra joven aristocracia intelectual. Estudioso, modesto y serio, ha dado pruebas de un amable diletantismo, ejercitado sobre diversas materias y disciplinas, especializado, sin embargo, muy particularmente en asuntos de arte.

En revistas más exquisitas que corrientes; pero también, en la gran Prensa diaria, su nombre figura al pie de excelentes críticas artísticas, sutiles disquisiciones estéticas.

Creo haber echado ya mi cuarto a espadas en la debatida cuestión de si el crítico debe o no ser, a su vez, también artista. Y si ésta es condición absolutamente necesaria a su crédito y autoridad. Y recordando lo que hay inevitablemente de inconsciencia en todo acto y el carácter sintético y vital de toda obra, creo haber asegurado que el crítico no sólo debe ni tiene por qué ser autor, sino que fundamentalmente no puede serlo, por cuestión de temperamento. Este juicio—por lo demás ya viejo y harto dilucidado—no afirma en absoluto que la obra artística sea hija de la pura inconsciencia, ni mucho menos niega la posibilidad feliz de que en un mismo espíritu coincidan las dotes analíticas y la facultad creadora. Se limita a señalar de larga experiencia el hecho patentísimo de que si "comprender„ no es todo lo contrario de "crear„, tampoco es precisamente lo mismo.

*

Oigamos ahora a Manuel Abril, crítico de su propia obra. He aquí lo que dice en cuanto a la forma:

"*La princesa que se chupaba el dedo*, comedia de humor, cuento burlesco, farsa o como se le quiera llamar, pertenece a ese mundo en donde hay, por un lado, elementos de la comedia italiana; por otro, de los cuentos infantiles, y por lo demás, de la fantasía libre e independiente.„

Y lo que añade respecto al fondo:

"En esta casa de huéspedes planetaria en que vivimos, todo es uno, y lo mismo, y lo contrario: se nace para morir, y se muere para que puedan correr los escalafones. Siendo así, amigo mío, no podemos nunca averiguar si somos unos muñecos deleznables, o si, por el contrario, no estamos nosotros, y hasta los muñecos de cartón inclusive, reservados para glorias eternas. Por eso andan las bromas y las veras tan entrañablemente unidas, y por eso la unión es más vital cuanto es más indisoluble."

Y lo que concluye sobre el resultado:

"No quiero decir con lo anterior que en mi obra se haya realizado esta unión de manera profunda y entrañable: sería entonces una obra maestra e inmortal, y no; aseguro que no se trata de eso, ni con mucho. Me contentaría—y me enorgullecería—con que mi obra fuera un juego nada más, no en el sentido trascendental del "arte-juego", sino simplemente en el de brincar, correr, pensar y reir con ligereza, siempre —eso sí—procurando mantener el decoro artístico de la pretensión."

Claro está que Manuel Abril, crítico concienzudo y cultísimo, hace un juicio de su propia obra mucho más completo y en el cual no faltan ni sobran palabras. Pero con lo extractado basta para llegar a la conclusión que necesitamos. Es ésta: Manuel Abril ha logrado plenamente su intento. Y ha previsto exactamente su éxito. ¿Por qué medios?...

Largo sería de explicar el acierto—inesperado en un autor novel—, el acierto completo de Manuel Abril en esta su primera obra teatral. Yo me atrevería a ponerlo en la cuenta de una valiente despreocupación de todo lo que es teatro, unida al buen gusto que contiene en sí la intuición clara y natural de todos los géneros artísticos. Pero el tema queda a desarrollar para otro día y con más espacio. Quede por hoy como base la constancia del éxito y el eco de los aplausos del pú-

blico encantado y un tanto sorprendido. Y también—por esta vez—la coincidencia feliz del crítico y del poeta en una sola persona.

*

Los aplausos fueron también verdaderos y entusiastas para los intérpretes y para la decoración, excelente, propia, original y bella. Catalina Bárcena hizo una Princesa deliciosa, como sólo en lós cuentos populares aparecen. Los tres amadores: el capitán (Paco Hernández), el poeta (Gómez de la Vega) y el mercader (Simó-Raso), justísimos de entonación, de gracia y de carácter.

Muy bien Ricardo de la Vega, Aguirre y Tobías. Admirable de naturalidad y gracia Pedro Sepúlveda. Y los demás, todos bien, todos muy bien, como quienes han puesto todo su cariño y toda comprensión en el estudio de sus papeles. — MANUEL MACHADO.

(El Liberal.)

* * *

La comedia fantástica y burlesca del culto y delicado escritor, Manuel Abril, que ayer en Eslava hizo sus primeras armas de dramaturgo, pudo ser, y no es, una maravilla.

Están en *La princesa que se chupaba el dedo* todos cuantos elementos son precisos para haber escrito una farsa poética y satírica llena de interés espiritual y de originalidad.

El ambiente de leyenda feérica, sin edad y sin lugar determinado; la concepción original y graciosa del tipo central, deliciosa muñeca que interroga a la vida con su cara de ángel bobalicón y el alma ingenua y simple; el trazado grotesco de los otros muñecos que podrían haberse agigantado si les animara un soplo de humanidad como a los muñecos de *Los intereses creados* o a sus bisabuelos de la comedia de arte italiano...

Manuel Abril ha sido parco y tímido en su primera entrevista con el gran público del teatro. Su cuento es el mismo cuento que encantó nuestra infancia soñadora en las diminutas ediciones policromadas y en el tinglado del *Guignol*: el mercader trapalón y panzudo; el capitán donjuanesco y presuntuoso; el trovador que miente con bellas melodías y bellas palabras; el Rey, el chambelán, la nodriza, los magnates, todo ese mundo creado para excitar la imaginación de los niños se mueve en la obra de Manuel Abril con la ingenuidad misma que antaño nos encantara.

¡Si además de la correcta y delicada literatura de la obra hubiera en ella intención satírica, vuelo poético y hondura de pensamiento!... ¡Si en los madrigales floridos se escondiera el áspid de la ironía!... ¡Si los muñecos de trapo sintieran en algún instante su origen divino como los seres que pueblan la tierra!... Pero Manuel Abril no ha querido afrontar valerosamente la senda amplia y clara que se ofrecía a su inspiración y a su cultura, y se ha constreñido a una labor llena de delicadeza y de espiritualidad, pero vacía de originales ideas y de valerosos atrevimientos. Falta en la obra el interés, y el interés es medula del teatro.

Manuel Abril, que es un espíritu cultivado y selecto, alcanzará sonados triunfos en la escena cuando renuncie a la puerilidad de pensamiento que anoche hizo sonar a hueco sus bellas palabras. Es un poeta que tiene un estilo depurado, preciosista y emotivo, y la experiencia le dará lo que hoy puede faltarle.

La princesa que se chupaba el dedo obtuvo un éxito cortés. Los siseos que se escucharon en los finales de los actos segundo y tercero fueron una injusticia. ¿Hay derecho a protestar la obra de un artista, en estos tiempos del teatro industrial regido por los ineptos, los indocumentados y los que saben un poco de francés?

*

Martínez Sierra es un director de escena prodigioso. El decorado y los trajes que anoche se estrenaban—trazados por el pintor catalán Sr. Fontanals—son una maravilla de gracia, de armonía colorista y de elegancia. ¡Qué exquisito buen gusto!... Sólo por admirar el plasticismo de sus escenas merece verse *La princesa que se chupaba el dedo.*

*

También fué admirable la interpretación.

Catalina Bárcena, portentosa en los papeles de ingenua, obtuvo uno de los éxitos más grandes y justos de su vida de actriz. Su figura deliciosa—era como una porcelana—, su voz dulce, su ademán graciosamente ilógico, todo lo que tiene de personal e inimitable la ilustre y bella artista, se amolda maravillosamente al personaje interpretado. Para ella fueron los laureles mejores de la jornada.

El gran Paco Hernández—admirable de prestancia y comprensión en el capitán—, Pedro Sepúlveda—extraordinario de espontánea gracia en el Rey—, Simó-Raso, París, Gómez de la Vega, la Sra. Quijada, Ricardo de la Vega, Hidalgo, Collado, Aguirre y Tordesillas consiguieron un conjunto excepcional.—JESÚS J. GABALDÓN.

(La Nación.)

* * *

La princesa que se chupaba el dedo, primera producción escénica de Manuel Abril, es una comedia burlesca.

En un ambiente fantástico, de cuento infantil, nos presenta, con un simbolismo suficientemente transparente para que ni sean necesarias hondas meditaciones explicativas ni quepan errores de interpretación, vicios y defectos sociales, y nos los presenta sin la dureza dogmática de un profesor de moral, ni la acrimonia de un pesimista que aguzara la sátira para herir más que para buscar correctivo a los males descubiertos: con

el espíritu *bon enfant* de un optimista, creyente en la posibilidad de redimir de sus vicios y defectos al género humano, y convencido de que el ridículo es medicina bastante para conseguirlo. En este sentido la comedia de Manuel Abril no es innovadora, sino clásica; se atiene, en efecto, a la doctrina de los más viejos preceptistas.

La novedad está, pues, en la forma, en el ambiente, que se completan porque aquélla tiene toda la ingenuidad que éste pide, gracias, sobre todo, a la sencillez con que el autor dice cuanto se propone decir, sin rebuscamientos de estilismo, que desdecirían del carácter de los personajes y serían, de seguro, menos convincentes que la expresión clara y sincera, sin dejar por eso de ser literaria, antes al contrario, siéndolo de la mejor ley: del pensamiento.

Con esa ingenuidad pueden decirse, burla burlando, cosas muy serias, y así es como el Sr. Abril nos muestra todo lo ridículo que se da en lo que consideramos como lo más serio de nuestra vida, y cuánta es la fuerza del amor, en definitiva, la única fuerza capaz de mover al mundo. A conclusiones semejantes pretenden llegar, y generalmente no llegan, los autores que se tienen por más sesudos y graves, y ya es triunfo considerable de un autor primerizo conseguir tanto.—ALEJANDRO MIQUIS.

(Nuevo Mundo.)

* * *

Nadie conocía a Manuel Abril como autor de obras teatrales. Y, sin embargo, ha bastado la representación de su primera obra para que todos le adjudiquemos, no sólo gustosos, sino entusiasmados, el título de autor que puede Abril ostentar con mayor razón que muchos de los que llegaron a eminencias.

La obra estrenada anoche por Abril en Eslava pertenece al

género de las arbitrarias, y tiene algún parecido, aunque muy remoto, con *La ciudad alegre y confiada*.

La princesa que se chupaba el dedo es una comedia puramente satírica, sin el menor ribete sentimental ni dramático. No hay tampoco en ella empacho de literatura ni amago de trascendentalismo. Y esa es su mejor recomendación.

El título es largo, como el de *La ciudad alegre y confiada* y el de la *Comedia extraordinaria del hombre que perdió el tiempo*, pero en cambio la obra resulta brevísima y se presencia con el mismo singular encanto con que se lee un cuento de Perrault, claro es que sin dejar pasar inadvertidamente el símbolo de gran actualidad y de gran interés social y psico lógico que envuelve a cada uno de los personajes.

Un cuento es, realmente, la comedia; un cuento sencillo y educador tras del que se esconden verdades de a puño, esbozadas en una ingenuidad o en una sonrisa.

Era un Rey que tenía una hija candorosa y traviesa, que ante los grandes problemas de la vida se chupaba el dedo como para apartar de sí, con ese gesto, todo lo que no era completamente divertido. Una Princesa, en fin, tonta, pero de rara hermosura a la que, como a todas las mujeres tontas, había que casar en seguida. Y, en vista de esa inminente necesidad nacional, se reunió el Consejo de Ministros. Hay que tener en cuenta que el Rey, como perfecto padre de la Princesa, era un solemne botarate que se entretenía comiendo naranjas durante los Consejos y arrojaba las pieles graciosamente a su Gobierno. Todo muy de nuestra época. Acordada la boda, presentáronse los pretendientes a la mano de la Princesa: un militar que, con su gallardía guerrera, mandaría hasta en la respiración de sus súbditos si llegase a ser Príncipe; un trovero que dice vivir de ensueños, pero que no le hace ascos al dinero, y un mercader embrollón y logrero que quiere comerciar con la Princesa como si se tratase de un buen cargamento de trigo. Todo muy oportuno, muy gracioso... La Prin-

cesa conoce a los pretendientes, pero no hace caso de ninguno. Ella sólo quiere a Pedrín, el hijo de su aya, con quien ha jugado desde sus más tiernos años, y aunque no sabe lo que es amor, confía en que Pedrín se lo explicará algún día. El Rey... Pero, ¿para qué seguir? La trama del cuento creado por Abril es lo de menos. Lo interesante, lo curioso, lo que encierra un verdadero tesoro de humorismo, es el diálogo.

Al principio, parece que se trata, hablando castizamente, de una tomadura de pelo. Pero es porque no se está preparado. Hay que ir acomodando lentamente el espíritu a la escena, y antes de llegar a la mitad del primer acto ya se ha familiarizado uno con el autor y se sienten hasta deseos de charlar con él, en serio, de lo que, en broma, ha tenido el buen gusto de recordarnos.

En *La princesa que se chupaba el dedo* no respeta Manuel Abril ni al Espíritu Santo. También para esa tercera persona de la Trinidad tiene Abril una finísima ironía, como dándonos a entender que para el humorista, que lo es de verdad, nada hay inviolable, pues a todas partes llega con la punta de su lanza reluciente.

El decorado y los trajes están perfectamente en relación con el sentido de la obra. Montañas azules, casas de juguete, árboles que parecen pimientos y flores astrales. El fondo es de baile ruso, de pura pantomima, todo muy original, muy alegre, muy optimista.

Decididamente, el éxito obtenido por Manuel Abril fué sincero y merecido. Protestaron sólo, como en todos esos estrenos de obras mordaces, los espectadores que se sentían aludidos en la serena magia de la representación y los que no la entendieron.

Como buena ingenua interpretó Catalina Bárcena deliciosamente el papel de Princesita. También nos gustó Simó-Raso en el papel de mercader y París en el de Pedrín, sin que de los demás pueda decirse nada desagradable. Conocida es la

intervención directora del Sr. Martínez Sierra en todo lo que en su teatro se representa, y no puede extrañar que en punto a presentación y originalidad artística de las obras que allí se ponen sea el teatro Eslava acreedor a una acotable preferencia.

El estreno de la comedia de Abril ha sido una excelente idea, no sólo de su autor, sino también del empresario que la ha dado a conocer, pues si bien como norma artística no puede aceptarse el género arbitrario, es conveniente que, de vez en cuando, ya que no puede hablarse con claridad en ciertas esferas de la vida, nos digan unos muñecos desde la escena, y a manera de cuento, lo que no podría decírsenos de otro modo. Hay que salirse un poco de las realidades de la vida para poder reirse de la vida, sin caer de plano en las redes de la legalidad o en las severidades del filisteísmo.—ARTURO MORI.

(El País.)

* * *

Plasticismo, colorines... El cuento de "Caperucita roja„ o el de "El gigante de las botas de cien leguas„, hubiesen servido al Sr. Abril para urdir una comedia tan interesante como la de *La princesa que se chupaba el dedo.*

De no haber tenido la inmensa suerte de que su obra fuese acogida con cariño por el Sr. Martínez Sierra, que, comprendiendo con su loable intuición artística que aquella farsa, por su inocencia misma, vendríase abajo, silenciosamente, sin estrépito, de haberle faltado un artilugio escénico vistoso, el cuento dramático del Sr. Abril no hubiese sido acogido con el agrado pasivo que lo fué.

Lo fantástico del decorado, de ilustración de revista gráfica, la chocarrería de los colorines y lo acertado de la composición de los grupos en diferentes momentos de la obra, triunfó más

del público que el propio diálogo, en el que apenas si escuchamos tres o cuatro frases ingeniosas.

Muy interesante la Sra. Bárcena, que dió a su papel de Princesa tonta un enorme relieve; acertadísima en el tipo, en el gesto y en la ingenua, en la infantil inflexión de voz.

La Sra. Quijada, acertadísima, y las Srtas. Garcés, Almache, Sanz, Servet y Rodríguez, encantadoras en sus cortísimos papeles.

Sepúlveda, Simó-Raso y Hernández, colosales; Cano, G. de la Vega, París, Aguirre, Collado, Tordesillas y Tobías contribuyeron al buen éxito alcanzado por *La princesa que se chupaba el dedo*.

(El Parlamentario.)

* * *

¿Qué propósito guiaba la pluma de Manuel Abril al trazar los tres actos a su cuento burlesco? Según su propia confesión, ninguno que pudiera amparar pruritos de trascendencia. Se trataría, por tanto, de un simple, vistoso y divertido juego, en el que los muñecos presentados no osarían traspasar en ningún momento la humilde importancia de sus piruetas. Diríase, en suma, que el autor nos invitaba a asistir a una sencilla fiesta funambulesca, alegría de los ojos y descanso absoluto del espíritu. ¿Era posible eso, sin embargo? Los antecedentes en que se apoyaba el cuento escénico, antecedentes gloriosos de fantasía fértil, venían a negarlo. Los muñecos, además de exhibir la gracia de sus cabriolas, hablarían también. Y nosotros teníamos que atender la ilación posible de sus palabras. Así, tras los saltos y las bromas, vislumbrábamos el eje alrededor del que giraba toda aquella fantasmagoría, y lo mismo que en el cuotidiano espectáculo de la vida real, necesitábamos de ello para sonreir con la tranquilidad solicitada.

El amor de la Princesita, ignorante y candorosa, hacia este

Pedrín, compañero de locuras y de puerilidades, era el nervio de la obra. La niña, incapaz de comprender los arrestos y la fortaleza del capitán, los exquisitos retoricismos del poeta y el valor del dinero que pone a sus pies el mercader, se ríe de los tres pretendientes, aunque como supuesta cosa burlesca, esté dispuesta a casarse con cualquiera de ellos. Sólo cuando advierte que eso del casamiento puede ser algo positivo en su existencia, es cuando manifiesta decididamente sus preferencias por Pedrín. La Princesita es el instinto, la Naturaleza, que surge con toda su pura ingenuidad en medio de los artificios, y en eso está toda la obra de Manuel Abril.

El comediógrafo atendía, con innegable delectación, a lo externo, y procuraba encubrir con el brillo del ropaje policromo la esencia del sencillo y bello episodio. Un monarca, un Parlamento, unos ministros y unos pretendientes dibujaban cierto mundo grotesco, en el que percibíamos el aspecto bufo que acompaña siempre a lo grave y a lo solemne. Pero, a nuestro juicio, Manuel Abril debió ahondar más en sus maniquíes, a fin de que la estulticia o la mezquindad de las pasiones hicieran más agradables y entonadas las cabriolas. Claro que para él bastaban éstas, pero, a pesar suyo, aquella edificación bien cimentada pedía un poco más. Los pasos de danza que se iniciaban en el primer acto prometían lo que no lograban darnos los dos cuadros subsiguientes. El capitán, el trovador y el mercader, que tanto habían intrigado para vencerse mutuamente, se contentaban, al final, con las prebendas materiales que obtenían, y no vacilaban en acatar el triunfo pleno de Pedrín. Sólo subsistía, como veis, lo digno de subsistir, el amor de la Princesa.

No hay duda que Manuel Abril realizó cuanto se propuso realizar. Pero también es probable que él mismo hubiera visto con agrado una mejor cristalización de los elementos fantásticos que empleaba, a semejanza de lo conseguido por otras lejanas farsas, con las que *La princesa que se chupaba el dedo*

tiene innegable parentesco. Seguramente recordaría el autor que las fantasmagorías del mago Próspero nos llevan a posibilidades humanas admirables, pues la fantasía no conduciría a nada, si se la dejase actuar desbocadamente. El trató de encauzarla, desde luego, pero no lo consiguió plenamente, acaso por su erróneo temor a la trascendencia, como hubo de apresurarse a anunciarnos. De todos modos, la obra es un trabajo digno de atención, y sus reminiscencias acusan una cultura y un buen gusto que no suelen ser frecuentes en nuestra producción dramática contemporánea. A pesar del mismo autor, según apuntábamos antes, la Princesa es un retrato interesantísimo, y él bastaba para hacernos mirar complacidos todo lo demás.

La comedia fué presentada con severos escrúpulos artísticos. Tres decoraciones nuevas, apropiadas a las características del cuento, muy notables las tres, y unos trajes felizmente concebidos, servían plenamente a la visualidad requerida. Al mismo tiempo, la disposición de los grupos en las distintas escenas, especialmente en las del primer acto, daba una bellísima sensación plástica. Catalina Bárcena, acertada de caracterización y de gesto, y después los Sres. Simó-Raso, Sepúlveda, Hernández, R. de la Vega, Collado y Aguirre, sobresalieron en el conjunto. Manuel Abril fué aplaudido, con justicia, al final de los tres actos.—JOSÉ ALSINA.

(El Sol.)

* * *

Conocíamos al Manuel Abril—¡Manolo!—, buen chico, delgado y de nariz aguileña. Conocíamos al crítico de arte, que ha llegado a atrevidas deducciones de sutilidad, y ha formado siempre en la vanguardia combatiente. Una vez también abrió sus alas en nuestras manos un blanco libro de versos de Manuel Abril: *Hacia la luz lejana*. Recientemente ofreció a los golosos de escaparate de librería un tomo analítico y apasio-

nado sobre Felipe Trigo. Hoy, en una pirueta que los hombres "serios" le reprocharán, el escritor de Estética cae en el escenario y se pone a jugar por el aire tres naranjas doradas; una le cayó en la nariz, otra se rompió sobre el escenario; la tercera subió tan alta, que se volvió estrella.

Una le cayó en la nariz y le rompió los lentes. Ayer ha estrenado en Eslava—en el teatro de Arte de Madrid, ¿queréis llamarle así todos, o será preciso regañaros?—; ha estrenado con éxito un cuento, mezcla de ingenuo y trascendental. Se titula *La princesa que se chupaba el dedo*. ¡Qué bonito!, han exclamado los niños, los hombres leídos, las mujeres sensibles. Pero el espectador agraz ha dicho, después de olerle el tirante al poeta: —¡Hum! Paparrucha. Y se ha ido a un teatro donde hacen reir las tripas. ¡Bueno!

Otra se rompió sobre el escenario. Y dió sus pepitas amarillas para la siembra futura, el jugo de su pulpa, que al derretirse es en la boca ácida miel. Porque el cuento de Abril es dulce como el sueño tranquilo; y tiene también bajo su alegría, y su desenfado, un tumulto de intenciones y de inquietudes.

¡Esta es la obra sincera! ¡Este cuento es la obra sincera! No se sigue en ella más retórica que—si acaso—aquella retórica de Verlaine, que no tiene más que un capítulo: el capítulo del matiz. El noble temperamento del escritor, allí está dándose todo entero. En sus elevaciones líricas, como en su intención simbólica, es poeta. En sus detracciones y en sus burlas, crítico despiadado. Y siempre sin otra norma que el buen gusto. Lo primero que hace Manuel Abril al comenzar el teatro es gritar como un chico: ¡Al diablo el teatro!

El poema—la mitad blanca del cuento—está compuesto alrededor de una creación femenina que puede ser el instinto, que puede ser la misma Naturaleza impasible y primitiva, desligada de las reglas que se han fijado los hombres unos entre otros para molestarse o encubrir sus defectos. El "ca-

rácter, (ya nos salió la palabra de dómine), el carácter de la Princesa es de fuerte originalidad en la escena; es bello en su simplicidad; es necesario para el contraste con los caracteres que le rodean, y tiene la misión de enfocarlos hacia él y de descubrir con su resplandor, que es la verdad, la mentira de las almas que se le acercan. Termina—en el cuento—esta Princesa dando su flor, como todas las Princesas de los relatos de hadas. Ama, y es feliz por el amor.

La mitad roja de la comedieta tiene, como ciertos cuentos de Oscar Wilde (estos cuentos maravillosos, traducidos por Ricardo Baeza maravillosamente), tanta ternura infantil, que necesita revestirse de una forma hirviente para no ser pueril. Como *El príncipe feliz* y sus hermanos, el cuento nuevo aspira a ser un bello apólogo de las más fundamentales cuestiones de la vida, tratados de una manera original y excéntrica, para que la máscara risueña disimule el gesto grave. Riendo, hace reir, y haciendo reir hace pensar, y va desgranando entre la sátira verdades dolorosas.

La tendencia del cuento—como la de los otros—es la verdad y la bondad. Segunda aparición del poeta.

La orientación de *La princesa que se chupaba el dedo* es puramente británica. Demasiado ligera para calificarla de pieza flemática y moralizadora, según las lecciones de la Biblia protestante, como las de Pinero. Más armoniosa, más artística y con mayor unidad—con menos fondo filosófico también—que las comedias de Bernard Shaw. Pero siempre en ese humorismo de equilibrio en la forma y la idea, el equilibrio difícil de la sonrisa, media entre la carcajada y el rictus grave. Nos parece Abril en la *La princesa que se chupaba el dedo* un Max Twain en la forma, con la observación de Thaeckeray. La última postura del humorismo, que, fuera de esa zona racial de los sajones, no se ha logrado.

Pero Abril sabe de pintura y coloca su comedia en una atmósfera propicia. Atmósfera llena de colores armónicos, de

líneas infantiles y de tonos delicados. Le ayuda en eso Fontanals, un joven pintor barcelonés, que tiene los ojos cargados con la visión de un mundo suntuoso. Fontanals es el complemento de Abril, y hace un escenario bellísimo en *La princesa que se chupaba el dedo*. No hay época, ni lugar, ni escuela. Anarquía con una sola ley: lo bello.

*

"La tercera naranja dorada llegó al cielo y se convirtió en estrella.„ Nuestro teatro de ahora, depauperado por ese género, donde se refugió el extremo bestialista de lo cómico; tradicionalmente realista hasta la exclusión de todo lo demás; influenciado con exceso por lo más superficial de Francia; agotado en su aspecto tradicional, demasiado repetido de temas, demasiado vulgar; sin lazo con la tradición dramática española; incierto y pobre, necesita una corriente que baje del Norte y le fecunde. Necesita el fuerte teatro noruego y alemán, necesita el novísimo estilo inglés.

Todo esto, revolviendo y transformando nuestro criterio —hablo del criterio del espectador—, permitirá acabar con los moldes desgastados. Cada intento es una batalla ganada. Acabemos con el vodevil francés, con la comedia casera, con el drama rural sin fondo trágico. Plántense los nuevos gérmenes. Intervenga el teatro plástico y decorativo. Inundemos las carcajadas, las ironías y las paradojas. Sintamos el fuerte aire libre de las teorías audaces. Fluya el hilo poético. Asómense a escena la filosofía, el dolor bárbaro y las siluetas extrañas. Y sea todo ello por la nueva estética, que aquí estamos procurando acoger entre unos pocos. ¡Hosanna a la nueva estética!

*

Prueba de que puede hacerse ya casi todo—luego se hará todo—es que hay un teatro, un edificio, quiero decir. Es Eslava, donde hay un director artístico que no se indigna ni se

rie cuando le llevan comedias como la de anoche. Invoco a los jóvenes escritores para que lleven allí sus atrevimientos y sus anárquicas novedades. Con Martínez Sierra, con esa mágica Catalina Bárcena, con todos los demás artistas—todos—, y ayer más señaladamente, Alfredo Gómez de la Vega, París, Ricardo de la Vega, Pedro Sepúlveda, Hernández, Collado, Simó-Raso, Aguirre, etc., etc.—nombrémoslos en desorden cordial—, con esos comediantes que tienen ¡talento!, todo es posible, hasta la superación.

*

Y ahora voy a dormir mi sueño rubio. Peor para el que no crea más que en *El rayo*. Buenas noches, señores. — TOMÁS BORRÁS.

(La Tribuna.)

* * *

El autor de la comedia humorística estrenada anoche en Eslava, Manuel Abril, aunque muy joven, tiene ya envidiable reputación como poeta y como crítico.

Un libro de versos; algún otro, muy reciente, de crítica, pregonan un temperamento y una sensibilidad exquisitos y una cultura estética dilecta.

Por las noticias que la Empresa nos había anticipado, y por la autocrítica publicada, sabíamos de antemano que la obra del Sr. Abril sería algo de subido valor literario.

Escenar las ideologías hoy en boga, productos alquitarados de lecturas múltiples, es tarea tentadora para un literato tan joven y tan moderno como el Sr. Abril.

"Por eso me siento atraído—dice el autor—hacia este género de arte, en donde todo puede tomarse—y tiene que tomarse—en broma y en serio al mismo tiempo, sin que acaso haya nada en él que pueda tomarse en serio ni en broma aisladamente.

Porque no se trata aquí de esa ironía que busca un disfraz

exótico para disimular polichinelescamente lo que en el fondo es serio: se trata de algo que en el fondo es serio, y "en el fondo", también, es broma. La vida entera en nuestro corazón humano es así."

Ese doble aspecto que las filosofías septentrionales y los poetas ingleses han visto en la vida de la sensibilidad de la vida moderna, con una técnica de la vieja farsa italiana, es el fondo literario de la obra del Sr. Abril.

Lo original, lo excesivamente original de la obra pudiera haber sido su único peligro.

El público, no preparado por las más exóticas lecturas, se desconcierta fácilmente con los símbolos y las síntesis que representan aquellos arbitrarios personajes de una corte de cuento de chicos.

Mas el ingenio lo venció todo.

Un pintoresco Consejo de Estado inicia la farsa.

Presidos por el Rey—quizás grotesco en exceso—, los representantes de las fuerzas sociales deciden del casamiento de la Princesa boba.

Esta, vestida con sabor de poema, está caricaturizada con cordiales trazos poéticos.

Los personajes-caricaturas dicen las mayores y más arbitrarias incongruencias.

Este diálogo es un alarde primoroso de ingenio, y tiene un interés tal, que hasta las señoras menos curtidas en los juegos modernos del espíritu rieron de lo lindo y gustaron de las intencionadas ironías de cada representativo personaje.

En el segundo acto, que acaece en una casa de muñecas, con sus puntiagudos cipreses de virutas, el diálogo fulge como una preciosidad literaria.

Todo allí pasa evocado con poético misterio y con arrobamientos, como en las aventuras de Grimm o de Haus Andersen.

El ingenio vuelve a esmaltar el diálogo.

Los versos se visten de colores magos.

Es el torneo de los tres pretendientes admitidos por el Consejo de Estado en el primer acto para optar a la mano de la Princesa que se chupa el dedo.

Famosamente se disputan la dama que... ingenuamente se quiere casar con los tres.

Todo cuanto pueda encarecerse la labor de la Sra. Bárcena en este acto es pálido ante la prodigiosa ingenuidad de aquella Princesa que chupándose el dedo quería arreglar su vida al fantástico modo de los cuentos.

El tercer acto es el de mayor valor poético de los tres.

La presentación y decorado, esencialmente humorístico: con decir que ha intervenido la mano del Sr. Martínez Sierra huelga otro elogio.

Las decoraciones, de Robledano y Mignoni, vistosamente arbitrarias.

El autor fué llamado, entre grandes y férvidos aplausos, al final de todos los actos.

La obra del Sr. Abril continúa la breve historia de los sucesos de arte inaugurada por Martínez Sierra en Eslava.—FEDERICO LEAL.

(El Universo.)

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY,
BERKELEY

THIS BOOK IS DUE ON THE LAST DATE
STAMPED BELOW

Books not returned on time are subject to a fine of 50c per volume after the third day overdue, increasing to $1.00 per volume after the sixth day. Books not in demand may be renewed if application is made before expiration of loan period.

Schmie

JAN 14 1994
AUTO DISC CIRC OCT 15 '93

75m-7,'30

U. C. BERKELEY LIBRARIES

C046029527

769475

YB 49871

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY